
FYMO, NUEVO MUNDO
JOE BENNETT.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ LUIS

Joe Bennett

FYMO, NUEVO MUNDO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Sandro Warren.- Valiente capitán del D.E.I.
Coronel Morrow.- Jefe de la Base Lunar.
Prof. Gingo.- Subcoronel de la División Astral.
Morgenston.- Médico del «Grupo Diamante»
Clifford.-Astrobiólogo, ídem
Donald.- Botánico, »
Edwards.- Geólogo, »
Lawrence.- Ingeniero, »
Teniente Charlie Falk, »
Sargento Whitman, »
Andy Nogler.- Piloto, »
Damon Strong.- Copiloto, »
Barrie.- Técnico radioelectrónico, »
Rita Ley.- Intérprete femenino, »

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO I
MISIÓN PARA SANDRO WARREN

Estaba anocheciendo, lo cual no dejaba de tener su atractivo para el numeroso personal terrestre que cumplía el servicio en la espaciosa Base Lunar. A pesar de los años transcurridos y del fantástico progreso científico a que los humanos habían llegado en casi sus ilimitados avances, la influencia diurna y nocturna era algo que seguía arraigando en sus psicologías y les obligaba a sentirse *como en casa* cuando, al fin, caía la noche. Fue ésta una de las circunstancias que más decisivamente influyeron en la adaptabilidad de los hombres que colonizaron el plateado satélite de la Tierra.

En su mundo, tras el ciclo común de 24 horas, el Sol iluminaba la superficie y se ocultaba en el horizonte, dejándoles la sombra en contraste con la dorada claridad solar. En la Luna, aparte del ambiente tan distinto, siempre causaba incomodidad el largo proceso del amanecer y ocaso. Nada, podría variar las leyes siderales que regían la Base, y ver anochecer, después de 28 días terrestres, seguía constituyendo un síntoma de alborozo

casi tan intenso como el que experimentaron los bisabuelos de aquella guarnición formada enteramente por familias terráqueas.

Sandro Warren, nacido en Michigan, no era una excepción y, como los demás, se sentía feliz al transcurrir el período solar y dar comienzo al nocturno. Las peladas cadenas montañosas, emergiendo en el cielo sin aire que ocupaba el satélite, adquirieron tonos grisáceos, tal vez un poco hoscos, pero de una peculiar belleza que los espíritus románticos habían dado en calificar de encanto selenita. Desde la aguja del observatorio, en cuyo último piso estaba ubicado el club para oficiales, donde Sandro saboreaba su taza de café, podía ver los anchos valles caracterizados por las señales de erosión térmica, la profusión de murallas circulares (mal llamadas *cráteres* lunares, puesto que en ninguno de los 33.000 más conocidos podían apreciarse síntomas volcánicos) y las casi lisas llanuras, quebradas a trechos por redondas coronas con reborde pétreo. La palabra *cráter* seguía adoptándose a pesar de ser inapropiada, tal vez como tributo a los terrestres que fueron los primeros en comenzar las investigaciones sobre el satélite durante la Segunda Era Astronómica, o Época Telescópica.

¡Qué lejanos parecían ahora tales recuerdos! La Segunda Era Astronómica había pasado a la Historia, perdiéndose en el infinito de los siglos, igual que ocurrió con la Primera, cuando los astrónomos germanos y babilonios tuvieron que valerse para sus exploraciones del espacio astral del único medio óptico que poseían: los ojos humanos. Durante la Segunda Era, determinada por el uso de potentes y grandes telescopios instalados en observatorios sobre altos tipos montañosos, los avances fueron notables; aunque siempre condicionados a teorías hipotéticas que debían resolver los problemas que el ojo telescópico no alcanzaba a desentrañar. La Luna, en aquellos tiempos, fue un enigma para la Tierra.

A fuerza de estudios, análisis espectrales e interminables batallas matemáticas, los astrofísicos pudieron esclarecer algunos -muy pocos- de sus misterios. Se completaron con cierta exactitud los mapas lunares, marcando en ellos puntos de referencia que más tarde ayudaron en los albores de la Tercera Era Astronómica, cuando, al fin, el hombre pudo abandonar los observatorios que le encadenaban a la Tierra e iniciar las investigaciones *en el terreno elegido*. La Tercera Era se caracterizaba por los viajes espaciales, los vuelos interestelares a bordo de cohetes primarios y el contacto directo con los mundos que siempre fueron contemplados a través de los cristales de aumento. Él, Sandro Warren, pertenecía a aquella época gloriosa, donde se abrían fronteras a diario, ensanchándose los horizontes a colonizar y clavaban banderas en lugares remotos para establecer colonias en el vastísimo Imperio del Espacio.

Quizá fue el impulso incontenible de aportar su esfuerzo al progreso quien le llevó a ingresar en el Departamento de Exploraciones

Interplanetarias. Sólo personas escogidas, de probada constitución física y entereza moral, podían ingresar en las filas del D.E.I. Desde que se creó el Organismo de Exploración muchas y fructíferas habían sido las conquistas. Prácticamente, el Sistema Solar próximo a la Tierra carecía de secretos básicos. Las cohetonaves y vehículos para la navegación interespacial recorrieron el negro cielo en todas direcciones. Los planetas gigantes, las constelaciones cercanas y la pléyade de asteroides situados entre Marte y Júpiter recibieron la visita del hombre y permitieron que sus plantas hollasen las superficies donde el misterio perduró hasta el advenimiento de la Tercera Era Astronómica.

¡Cuánto le agradaría poder relatar algún día a sus hijos que él formó parte de los pioneros! Pero la labor aún no estaba concluida. Millones de kilómetros quedaban por descubrir y el trabajo del D.E.I. se hacía más y más arduo. Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno recibieron la visita curiosa del hombre. En mundos lejanos que gravitaban inmersos en galaxias interdependientes, tremolaba la tricolor bandera del Departamento y se asentaban los grupos vanguardistas de colonos. Las condiciones de vida, tan complejas por su variedad, obligaron a adoptar medidas particulares a cada caso. Allí mismo, en la Base Lunar, se tropezaron al principio con grandes obstáculos.

El satélite, desprovisto de atmósfera, de vida animal, hasta de clima adecuado para la supervivencia, costó muchas bajas al D.E.I. Hasta que la instalación quedó definitivamente asegurada, un promedio de seis a diez hombres por día (lunar se entiende), fue el elevado precio pagado a la Luna por la invasión de su territorio. Ahora, al menos en el Estado Selenita, podía cantarse victoria. El ser humano viviría allí, siempre que observase con toda meticulosidad las reglas inflexibles adecuadas para que su frágil composición orgánica no sufriese los rigores del infernal ciclo climatológico, personificado por espantosos calores diurnos e intensísimo frío (superior al polar) nocturno.

Al pensar en ello, Sandro Warren no pudo resistir la tentación de televisar desde su cómodo rincón de esparcimiento alguno de los aspectos clásicos del satélite. Era la hora del programa divulgador. ¡La Luna! Un astro odiado y adorado a la vez. Él mismo se sentía arrastrado, subyugado más bien por la cadavérica atracción de aquel viejo satélite. De niño, lo mismo que debió ocurrirles a millones de seres desde la aparición del hombre en la Tierra, el blanco disco colgado del cielo, hierático, que siempre mostraba la misma cara conocida, le atrajo con poderosa irreflexión. Tan quieta en la bóveda celeste, tan blanca como un redondo queso de leche, invitaba a extender la mano para tratar de alcanzarla. ¡Ir a la Luna! ¿Quién no ha pensado esto alguna vez? Un sueño irrealizable... para sus bisabuelos. Para él, Sandro Warren, no.

Muchos otros podían realizar ahora la quimera y la Luna, ya conquistada, seguía fascinándoles. Esto le trajo a la memoria las palabras del mayor Sindo, cabeza destacada por el D.E.I. en el solitario autoplaneta artificial a ocho minutos luz de Aldebarán, en la Constelación de los Gemelos.

-La Luna, este podrido pedazo de tierra polvorienta, tiene el embrujo de enamorar a cuantos vencen sus horrores -le dijo antes de despedirse, a punto de ascender a la nave que debía llevarle a su nuevo destino-. Cuando llegué, sentí curiosidad. Ahora, lamento dejarla. Creo que posee un raro hipnotismo capaz de quitar la personalidad a cualquiera. Ya lo verás, Sandro. El día que te envíen fuera de la Base, comprenderás lo que quiero decir.

-Tiene razón, mayor Sindo -replicó él-. Siempre que abandoné el Explorocuartel para realizar algún vuelo de investigación, sentí este fenómeno. Apenas había salido... y ya deseaba volver.

-Déjate televisar alguna vez -pidió Sindo-. Presumo que en Aldebarán voy a sentirme muy solo y aburrido.

-Así lo haré. Feliz viaje. Y hasta la vuelta.

-Adiós, Sandro. Persevera en tus progresos y pronto alcanzarás el grado de capitán.

Sandro sonrió al pensar que ya era capitán. Casi un año había transcurrido desde la partida del mayor. ¡Cómo pasaba el tiempo en aquel silencioso destierro! La Base Lunar era tal vez el más moderno observatorio espacial que la Tierra logró establecer en todo el Sistema Solar. Punto de enlace, de partida y de reunión, la Luna prestaba estimables servicios de todo género. Bebió otro sorbo de café. Luego, alargando la diestra, conectó el televisor electrónico y se retrepó en su sillón de gomoplástico. La voz de un *speaker* servomecánico comenzó a explicar cuanto aparecía en la brillante pantalla.

-Cráter de Aristarco, el lugar más brillante de la Luna, perfectamente visible desde los observatorios de la Tierra, en los que aparece como un ancho manchón ocupado por sedimentos de pómez blanca. Tiene más de 40 kilómetros de diámetro y en la parte Sur las Fuerzas de Exploración han levantado un cohetódromo para el servicio militar y civil. Cada minuto lunar una astronave despega o se posa en las pistas. La *Compañía Selenita de Transportes* ha conseguido el máximo record universal: cien millones de toneladas han pasado por Aristarco en viaje de ida o regreso de los mundos situados en la galaxia conocida. Los televidentes pueden observar al fondo de la pantalla la existencia del antiguo cráter de Herodoto, cuya superficie total está ocupada por el Explorocuartel número quince del D.E.I. En el cañón de Schroeter se ha instalado una refinería de uranio, cuya producción abastece sobradamente a las fábricas nacionales de toda Sudamérica...

El joven capitán saboreó el café y buscó su pitillera para extraer un cigarrillo. Mientras lo encendía, el desfile de paisajes se reanudó en la pantalla y la misma voz añadió:

-El cráter Teófilo, inmenso y escabroso, con sus 100 kilómetros de diámetro, en cuyo interior pueden verse las cordilleras. Su altura alcanza los 2.500 metros. La corona rocosa que circunda el cráter formando borde, llega a más de 5.000 metros. Ahora elevamos la panorámica tres kilómetros, lo mismo que si presenciásemos el paisaje a bordo de una astronave turística. Esto nos permite ver el cráter Cyrillus y, más allá, el Catalina. De nuevo en los terrenos que forman Teófilo y sus montañas. Aunque está anocheciendo, es posible apreciar la claridad que ilumina los picos y valles. Todos ustedes conocen la razón: la luz del Sol y de la Tierra nunca falta en estos lugares, aunque en ocasiones se ve atenuada por la influencia del día y la noche lunar. Aprovechando el sol poniente, les ofrecemos una televisión del cráter Copérnico, considerado desde antiguo como el más bello de los miles que existen en la Luna. La muralla de Copérnico se eleva a 3.600 metros y cuenta con 86 kilómetros de diámetro...

El desfile de imágenes, amenizado por la explicación pausada y armoniosa del locutor, cautivaba. Sandro entornó los ojos, apaciblemente gozoso.

-Una visita rápida al Monte Pico, desde donde asistimos a la puesta del Sol en el cráter de Platón. He aquí uno de los salientes orográficos más ciclópeos del satélite terrestre. Las montañas Leibnitz. Su aspecto macizo hace pensar en fortalezas inexpugnables. Contemplen sus numerosos ventisqueros y gargantas. Cuando se habla de montañas lunares es imposible olvidar la cadena principal del astro, por eso ahora nos trasladamos a la Gran Muralla, formidable barrera pétrea cuya longitud sobrepasa los 100 kilómetros... siendo completamente recta, excepto en un corto trecho. Su altura oscila entre los 150 y 500 metros. Aunque lo más ostensible y sorprendente es su trazado rectilíneo, rasgo característico que no observamos en ningún otro planeta explorado, incluyendo la Tierra. Las cordilleras lunares siguen imponiendo su personalidad en el Estado Selenita y han sido desde antiguo la atracción de astrónomos y observadores estelares. El Gran Valle de los Alpes, donde resalta el anteriormente mencionado Monte Pico, que sobresale aislado, se desparrama ante nuestros ojos como un espectáculo grandioso y capaz de sobrecoger el ánimo por su amplitud. Este valle, como muchos otros lugares de la Luna, se mantiene también iluminado por la claridad terrestre, habiéndose calculado que la luz es aquí unas cincuenta veces más intensa que la Luna llena al bañar la Tierra... Cualquiera de ustedes podría leer, escribir o dibujar... ¡sin necesidad de ayudarse por las brillantes lámparas de cobalto!

Asombroso, ¿eh? Sí, amigos. Conectando nuestros programas conocerán los más extraños aspectos del satélite que para muchos sigue estando tan alejado como cuando la Tierra iniciaba sus balbuceos tras los telescopios. Una imagen clásica del suelo lunar, que les servimos a continuación. Son visibles las profundas grietas que cruzan la corteza en todos los sentidos, cuarteándola y dándole el aspecto de un inmenso tablero de damas...

Sandro terminó su café y aspiró el humo aromático del cigarrillo, cuyo tabaco había sido sometido a un especial proceso de elaboración para que la ausencia de gravedad lunar no afectase el sistema pulmonar humano. Cuanto se proyectaba en la pantalla le era conocido hasta la saciedad, aunque no por ello le fatigaba la contemplación. Como el mayor Sindo y otros miles de personas que visitaron la Luna, el poder de fascinación del satélite seguía dominándole, y el viejo panorama integrado por escabrosos accidentes no dejaba jamás de entusiasmarle.

Aquella misión interestelar, que se ofrecía casi constantemente para los habitantes de mundos alejados, venía a calmar la curiosidad por conocer, sin peligro, las extrañas facetas del astro. Por ser una Base Militar de la Tierra, sólo algunas industrias tenían autorización para operar dentro del territorio soberano. Otro tanto ocurría con las ciudades, la mayor parte factorías terrestres pobladas por el personal especializado y sus familias. La cadena de televisoras legales lanzaba al espacio sus programas de divulgación, del mismo modo que se hacía en otros astros cuya atmósfera era letal para el hombre o simplemente carecían de ella.

-Nos hallamos ante los *maria* de la Luna -prosiguió la voz del *speaker*-. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de estos famosísimos *maria*?[1]. Aunque la palabra pueda dar lugar a confusiones, no son mares en realidad... ni nunca lo fueron. Con el empleo de un viejo aparato óptico como los que usaban hace algunos siglos, estos enormes manchones son visibles a la perfección desde fuera de la Luna, ya que destacan del resto del paisaje por su coloración oscura y la extensión que ocupan. Por motivos que tal vez debíamos tachar de rutinarios, se les aplica todavía el nombre de *maria*, y con él sigue designándose el conjunto de achatadas planicies, de una lisura sólo interrumpida a trechos por solitarios picos o cráteres abiertos en la superficie a causa de choques con masas errantes. De entre los más notables, cabe destacar el *Mare Crisium*, *Mare Vaporum*, *Mare Imbrium*, *Oceanus Procellarum*, *Mare Serenitatis*... Son muchos y la imaginación terrestre se mostró fecunda al bautizarlos. A continuación ofrecemos a los televidentes unas vistas rápidas de los mismos, comentadas por breves bosquejos informativos. Comenzaremos por *Mare Imbrium* (Mar de las Lluvias), rodeado de formaciones montañosas que Johannes Hevelius, un astrónomo germano del siglo XVII, designó con nombres netamente terráqueos. Los Alpes, los Apeninos, y los Montes Cáucaso, así

como los grandes cráteres de Arquímedes y Eratóstenes, son los límites que encierran esta enorme llanura...

Sandro, arrellanado en el sillón, asistía al programa divulgador embelesado, tan absorto como pudiese estarlo cualquier criatura extraterrestre que en aquellos momentos, y desde miles de kilómetros de distancia, sintonizase la Telerradio Oficial de Ciudad Selenio. El cigarrillo se consumía dentro del hornillo, que hacía desaparecer instantáneamente la ceniza desprendida. Nadie hubiese dicho que él conocía de memoria todos y cada uno de los aspectos que desfilaban ante sus ojos. De pronto, cuando más interesado seguía las imágenes del anchuroso *Mare Imbrium*, se escuchó un tenue zumbido y la pantalla quedó enrojecida, borrándose la emisión televisada. Un rostro familiar se destacó en medio del halo rojizo que ocupaba los bordes. Y una nueva voz, más humana, pidió:

-Comparezca en mi despacho particular, capitán Sandro. Al fin he podido localizarle. Déme su respuesta.

El joven se puso prestamente en pie y pulsó uno de los botones laterales del aparato de televisión. En virtud de la conversión electrónica inyectada desde el Mando de la Base, el televisor quedaba transformado en potentísima máquina emisora-receptora.

-A sus órdenes, coronel Morrow -dijo Sandro-. Perdone que no haya captado sus llamadas. Hoy era mi parte de día lunar franco de servicio...

-Lo sé, Sandro. Advertí que no llevaba puesto el control a distancia y por eso me he decidido a interferir la emisión, esperando que usted pudiese estar visionándola. Venga cuanto antes. Creo que pronto habrá trabajo para su grupo.

-No tardaré, señor.

La semineblina roja desapareció en la pantalla y de nuevo volvieron a verse las imágenes de un *mare* lunar, acompañadas por la voz del *speaker*. Sandro desconectó el aparato y anduvo en dirección a uno de los ascensores ultrarrápidos que le bajarían a la planta del Observatorio. Al pasar por delante del *barman* del club de oficiales, le saludó con un ademán familiar, y recogió el yelmo vítreo y los zapatos de suela magnética en el mostrador de guardarropía.

Ya en la transparente jaula, mientras pulsaba el botón de *descenso*, tomó asiento en uno de los salientes de la pared y procedió a calzarse los holgados y casi plúmbeos zapatos. Formaban parte del equipo general de los exploradores, pero aparte, su uso era una precaución casi necesaria para cuantos habitaban la Base Lunar, porque la notable ausencia de gravedad (en comparación con la Tierra) hacía los objetos seis veces menos pesados que en su mundo, siempre existía un poco de peligro, aunque de ordinario los accidentes ocurriesen de tarde en tarde y sólo al cruzar por determinadas zonas agrietadas. En la Luna cualquier mortal podía

considerarse campeón de saltos olímpicos, al menos en relación con sus hermanos terrestres, siempre sujetos a la fuerte atracción del planeta. Antes de llegar abajo, se colocó el yelmo y ajustó los sujetadores herméticos. Dio vuelta a la llave reguladora y el pulmón artificial acopló su respiración a los soplos oxigenados.

-Creo que pronto habrá trabajo para su grupo.

Éstas habían sido las palabras del coronel Morrow, lo cual era tanto como decir que le reservaba alguna misión interestelar. Presintiendo que pronto saldría de la Base para realizar algún vuelo de exploración, abandonó el ascensor y cruzó el amplísimo *hall*, donde algunos de sus camaradas permanecían agrupados comentando los últimos acontecimientos surgidos en el mercado terrestre de diamantes. Luego, salió a la calle y el silencioso panorama lunar se extendió ante sus ojos.

CAPÍTULO II
FYMO, NUEVO MUNDO

El despacho del coronel Morrow ocupaba una galería completa del Subterráneo Veinte, aunque la sala donde le recibió era su personal *sancta sanctorum*. La habitación, que parecía más inmensa aún por efectos de la intensa iluminación mercurial, presentaba una desnudez engañosa, puesto que sólo era aparente. El coronel Morrow, sentado tras la mesa de plástico inalterable, podía llenar de objetos, instrumentos de trabajo y elementos de consulta todo aquel vacío con sólo accionar el nutrido cuadro que resaltaba, fosforescente, al alcance de su mano.

Otro terrestre, también vestido con el clásico uniforme de los exploradores y la graduación bordada en las hombreras, hablaba con él cuando Sandro solicitó autorización para entrar. El coronel hizo transparente su imagen para saber de quién se trataba, aunque intuía su personalidad. Sólo entonces, permitiendo que un panel corredizo le dejase el paso franco, dio su consentimiento y Sandro, andando marcialmente, avanzó por el pasillo marcado con baldosas de esponja sintética que proporcionaban al suelo una agradable blandura de alfombra.

A medida que se aproximaba, la configuración física del hombre que se mantenía dando la cara al coronel -y, por tanto, de espaldas a él-, le permitió adivinar de quien se trataba. Era el profesor Gingo, despejada mentalidad astronómica perteneciente a la División Astral del Departamento de Exploraciones Interplanetarias. A pesar de su alta graduación de subcoronel especialista, se mostraba siempre como una persona tratable, comprensiva y en extremo cortés. Desde el momento que se hallaba en el despacho particular de Morrow no era imprevisible suponer que acababa de comunicarle algún acontecimiento de importancia. Íntimamente, aun sin saber por qué, Sandro experimentó la excitación de quien se ve ligado a otro por lazos emocionales. El profesor Gingo era el causante. Sólo su presencia marcaba siempre el principio de la aventura.

Se detuvo a unos diez pasos de la mesa y saludó a los superiores con la diestra pegada al yelmo y el cuerpo militarmente rígido. Pese a la grandiosidad del aposento, que empequeñecía cualquier objeto, la elevada figura de Sandro, su correcta formación física y la apostura que presidía cada movimiento, causó complacencia en ambos. El traje azul de seda sintética, donde destacaban los correajes reglamentarios y las divisas de platino que marcaban su rango de capitán, brillaba con añiles tonalidades al recibir la potente luz de los focos invisibles. No iba armado; aunque tal circunstancia influía poco en su aspecto general, ya que Sandro, como casi todos los componentes del D.E.I., tenía la virtud de imponer respeto con su sola presencia. En aquella posición de saludo se mantuvo hasta que

Morrow, pulsando un botón, materializó una silla idéntica a las que él y Gingo ocupaban.

-Descanse, capitán -dijo-. Y siéntese al lado del profesor. Si lo desea, puede ponerse cómodo.

-Gracias, señor. Voy a tomarme la libertad de seguir su consejo -replicó Sandro.

Con expertos ademanes nacidos a fuerza del hábito, aflojó los sujetadores, cerró la llave reguladora y se despojó del yelmo vítreo. Mientras ejecutaba la familiar maniobra, advirtió que los dos hombres se mostraban serenos... aunque un tanto sombríos. ¿Por qué? Tal vez esta pregunta no tardaría en ser contestada.

Al dejar su cabeza libre de la protección del yelmo reglamentario, hasta sus oídos llegó el lejano aunque perceptible zumbar de los enormes generadores que trabajaban día y noche en las cavernas del subsuelo lunar. Por hallarse en una de las instalaciones subterráneas del D.E.I. eran más sensibles estas sensaciones acústicas que arriba, en la superficie, pasaban normalmente desapercibidas. Los bien disimulados sistemas de ventilación, oxigenación graduada y termorregulación, mantenían el ambiente de la cámara a una temperatura ideal.

Sin embargo, Sandro respiró con menos desahogo que en el club de oficiales, quizá porque los purificadores funcionaban a tales profundidades con mayor rapidez y el aire, al respirarlo, dejaba en el paladar un fugaz sabor a marisco. El oxígeno, a causa de la potencia eléctrica, tenía fases de estado alotrópico, dando como resultado el oxidante gas de ozono. En la insignificante proporción que lo respiraban sus efectos nocivos sobre el hombre no se llegaban a producir. Pero si durante unos segundos hubiesen licuado el ozono, les habría sido posible ver los rayos azules flotando en la proporción de compuesto atmosférico que arrojaban los tubos de oxigenación gradual[2].

El regusto no tardó en pasar, demostrando que ya se había acostumbrado a la levísima presencia del ozono. Tomó asiento en la silla y depositó el yelmo sobre sus rodillas. Morrow le miró, comprendiendo que se disponía a hablarle.

-Sandro -dijo en tono casi paternal-, es usted uno de nuestros mejores colaboradores del momento. Ha cumplido siempre las misiones encomendadas y no hay razón para ocultar lo complacido que estoy de su labor. No es ciertamente fácil distinguirse en un organismo como el nuestro, donde la eficiencia es característica principal y todos los componentes se afanan en desempeñar su trabajo con la máxima efectividad. Usted, Sandro, ha destacado en muchas ocasiones. Acaso por este motivo he pensado inmediatamente en su grupo para confiarle un trabajo de investigación preparatoria.

-Gracias por sus inmerecidos elogios, señor. Me he limitado a cumplir las órdenes recibidas.

-Ha cumplido... y por eso no son inmerecidos los elogios. Todo lo contrario. Acepte las felicitaciones, porque acatar bien las órdenes es tarea tan difícil como darlas. De nuevo ahora va a recibir instrucciones y tengo la seguridad de que responderá con su acostumbrada exactitud.

-Haré cuanto me sea posible.

-Lo sé. Y en ello confío. Sin embargo, en esta ocasión las órdenes resultarán un tanto ambiguas... puesto que en realidad los hechos se presentan bastante confusos y no puedo ordenar respecto a una línea de conducta prefijada. Tendré que dejar bastantes cosas al azar y confiar en su buen sentido, Sandro.

-¿De qué se trata, coronel?

-Básicamente, la misión no ofrece variantes. Específicamente, tanto el profesor Gingo como yo, tememos que puedan existir factores de gran trascendencia. Se lo diré en pocas palabras: Ha de explorar un nuevo mundo...

Morrow dejó de hablar al ver la confiada sonrisa que florecía en los labios de Sandro Warren.

-Sé lo que está pensando -añadió-. Podría decirme, sin faltar a la verdad, que conoce su oficio y que hasta la fecha ha intervenido en más de medio centenar de exploraciones. De acuerdo. Yo mismo, al iniciar esta conversación, he dejado bien sentada su capacidad. Pero este nuevo mundo encierra un misterio que desconocemos... y a usted va a corresponderle la aclaración.

-Me dedicaré a ello con gusto, coronel Morrow. Todos los astros nuevos poseen su enigma. ¿Puede facilitarme algún dato informativo sobre...?

-Desde luego -atajó Morrow-. El profesor se encargará de ello.

Gingo, silencioso hasta entonces, asintió de un breve cabezazo.

-Comience cuando quiera, profesor -autorizó Morrow-. Cuéntele al capitán Sandro todo lo que sabemos respecto a Fymo.

-¿Fymo? -repitió Warren interesado-. ¿Es ese el nombre que le han asignado?

-Sí -dijo Gingo con voz nasal-. A partir de ahora será incorporado al Sistema. Solar con esta palabra.

-Me resulta vagamente familiar. Aunque no logro averiguar por qué.

-No me extraña, Sandro -concedió el coronel. -Creo que también usted era amigo del patrullero Foran Ymo.

-Desde luego. Somos muy amigos. Como yo, nació en Michigan. Dígame, señor: ¿Ha sido Foran el descubridor de ese nuevo mundo?

-En efecto. Y por ello hemos creído justo bautizarlo con la inicial de su

nombre y el apellido. El día que ese pedazo de tierra flotante en el espacio sea explorado, declarado hábil para la vida humana y colonizado, el nombre de Fymo quedará eternamente como un tributo a la memoria del patrullero Foran Ymo.

Morrow habló con tono grave y mesurado. Aquello hizo fruncir el ceño a Sandro y llevó a su mente un pensamiento desolador.

-¿Le ha ocurrido algo a Foran? -preguntó.

-Ha desaparecido... y temo que para siempre -contestó el profesor con frialdad.

La noticia, inesperada, pilló a Sandro desprevenido. Ni remotamente podía imaginar una cosa así. Foran era su amigo. De los buenos. Tardó un par de minutos en reponerse de la sorpresa.

-¡Desaparecido! -exclamó-. ¿Cómo es posible una cosa así en nuestra época? Tal vez cuando yo llegue a Fymo logre encontrar algún rastro...

-Ya lo hemos intentado -declaró Gingo-. Hace horas que regresó el grupo de salvamento. Dos de sus componentes se internaron en el extraño mundo... ¡no regresaron a la nave! Los esfuerzos por buscarlos han sido totalmente infructuosos.

-Esos hombres deben estar en algún rincón...

-No respondieron a las llamadas de control a distancia -interrumpió Gingo-. Hasta la conexión personal quedó cortada en determinado momento, como si nunca hubiese existido. No, Sandro. Su desaparición es tan misteriosa como la de Foran Ymo. Creo que debemos abandonar la esperanza de volver a verles alguna vez.

-¿Usted cree eso, profesor?

-Lo creo, capitán.

-Pero... ¡es preciso que existan recursos!

-Se han probado todos hasta agotarlos. No hay error posible. Esos hombres no se encontraron... porque *no estaban en Fymo*. Ni ellos ni sus despojos carnales.

-¿Desintegración? -apuntó Sandro.

-Lo ignoro. Usted podrá informarnos... si tiene más suerte que ellos.

-No comprendo bien lo que pretende decir.

-No lo comprendemos nadie -intervino el coronel Morrow-. Sea lo que fuere, investigaremos a fondo. Usted se ocupará de darnos la información, Sandro. Por favor, no haga más preguntas. Dentro de un momento sabrá tanto de la cuestión como nosotros mismos y entonces tendrá ocasión de reflexionar con calma. Hay muchos puntos oscuros en todo esto. Hasta la presencia de Fymo en el espacio es inexplicable, porque su situación astral entra dentro de nuestro radio de exploración y no comprendo cómo puede haber permanecido allí antes de ahora. Foran Ymo lo descubrió por casualidad, accidentalmente. Pero antes que él, docenas de patrulleros

siguieron la misma ruta y nadie tuvo noción de su presencia. ¿Por qué?

-Tal vez no estaba allí.

-Y ahora sí, ¿verdad? No -descartó el coronel. -*Siempre* o *nunca* ha estado allí -continuó con énfasis-. El profesor apoya mi teoría.

-Por supuesto. Tenía que estar antes, Sandro. O no está ahora, y todo se debe a algún fenómeno óptico que desconocemos.

-¿Pueden desaparecer tres hombres a causa de un fenómeno óptico?

-Claro que no... Al menos, eso hace creer la lógica más primitiva. Pero le aseguro que en este caso se puede descartar la posibilidad de una corriente de atracción que le haya llevado hasta el lugar que ahora ocupa. La zona donde gravita está bastante poblada de planetoides pequeños y cuerpos celestes. Para atravesar ese sector tendría, forzosamente, que haber chocado con muchos de sus hermanos astrales... algunos mayores que él. Los choques lo habrían reducido a fragmentos dispersos. No quedaría ni un pedazo entero. Pero ahora se plantea el otro problema: Si no llegó de algún sitio... ¿por qué se ignoraba su existencia?

-No perdamos el tiempo en divagaciones -rogó Morrow-. Háblele al capitán en términos concretos.

-Como quiera, coronel Morrow. Le ofreceré una exposición rápida de los hechos conocidos. Escúcheme, Sandro...

-Un momento -solicitó Sandro-. No es que dude de sus palabras, profesor. Se lo anticipo para evitar herirle en su orgullo profesional. Conozco su fama y su competencia, pero... ¿Ha comprobado por sí solo esas teorías o lo ha sometido al Consejo de los astrónomos del Departamento?

-Lo he sometido a su estudio... y al de un enviado especial de la Tierra. No debía decírselo, porque esto se ha ocultado para evitar que pueda cundir la alarma. Confío en su discreción, capitán Sandro.

-No diré a nadie ni una palabra -prometió el joven.

-El Consejo está de acuerdo conmigo. Fymo siempre ha estado allí y nuestras naves, por absurdo que parezca, se han pasado años atravesando su órbita... ¡sin descubrirlo!

-¿Tiene alguna hipótesis que pueda explicar tal cosa?

-Varias. Pero todas son demasiado complicadas para exponerlas a grandes rasgos. Turengan, Allis, Vatkler y el enviado terráqueo se ocupan de estudiarlas. Mas yo puedo adelantarles el resultado. No llegarán a nada concreto. Fymo es un mundo sólido, no un producto de fantasía, y siempre lo hemos tenido ahí. Ignoro la razón de que no fuese detectado, ignoro por qué incluso, si valdrá la pena preocuparnos por todo este endiablado problema.

-El D.E.I. fue creado para eso -dijo Morrow-. No es la primera vez que afrontamos problemas aparentemente sin solución. Los viajes a las estrellas

próximas, a los mundos remotos y hasta a los planetas de nuestro Sistema Solar, nos han planteado toda clase de dolores de cabeza. Sin embargo, una vez dominado el terreno y analizados los efectos, estos problemas se resolvieron. Fymo es sólo la repetición de aquello. Un astro desconocido y, como antes dijo el capitán Sandro, que guarda celosamente su enigma. Conocemos los efectos, pero ignoramos las causas. Recomiendo paciencia v perseverancia. Al fin, todo quedará aclarado.

-Nunca me he sentido tan confuso como ahora -admitió Gingo-. Piense en esto, coronel. ¡Hombres que desaparecen sin dejar rastro! ¿Cómo puede concebirse una cosa así? Lo horrible, lo monstruoso, lo escalofriante... ¡Todo se empequeñece al compararlo con tan demoníaco dilema! El capitán apuntó una teoría: la desintegración. ¡Absurdo! Cualquier materia desintegrada deja en el aire un rastro de su paso. Y este rastro puede detectarse por uno u otro medio. Coja usted un puñado de polvo, el más impalpable que exista, y arrójelo. Para los ojos, para el análisis general, se ha esfumado. Ésta es, en síntesis, la desintegración. Ahora bien; instale un localizador, busque sus moléculas, explore el ambiente... ¡Encontrará el polvo y hasta se sorprenderá de la alta fidelidad con que pueden ser reunidas las dispersas partículas supermicroscópicas! Haga usted cuantas pruebas desee, coronel. Siempre obtendrá un resultado positivo. Hablemos ahora de la materia orgánica. Un hombre, aunque sea reducido a la nada por medios atómicos...

-No necesito que me convenza, profesor -interrumpió Morrow-. Sé que la desaparición *total* no existe en nuestros tiempos. Destruimos la anticuada teoría hace siglos... porque siempre hay algo más pequeño que lo pequeñísimo. No puedo explicarme con su apropiado tecnicismo. Sé que usted me citaría ejemplos incontables...

-Y estoy dispuesto a hacerlo.

-Pero no hemos llamado al capitán para entablar discusiones de tipo científico. Usted y los miembros del Consejo seguirán estudiando. Mientras tanto, nuestro equipo explorador recorrerá Fymo y tratará de hallar las causas que motivan estos efectos. Ponga en antecedentes a Sandro de lo que ocurre. Lisa y llanamente de lo sucedido a Foran Ymo y los dos soldados del equipo de salvamento. Lo demás, si es posible, ya lo averiguaremos con el tiempo.

Gingo respiró profundamente por las fosas nasales. Contenía la exaltación con dificultad. Sandro estaba seguro de que por su gusto hubiese seguido la discusión. Pero Morrow, aunque hablaba sin alzar la voz, había dado una orden. No tenía otro remedio que cumplirla.

-Bien, capitán -empezó con lenta entonación. -Escuche esto... y no lo repita a nadie. Sus hombres han de creer que van a realizar una misión como tantas otras. Sólo usted conocerá la grande responsabilidad que

hemos descansado sobre sus hombros. Con arreglo a sus decisiones actuaremos. Y una cosa importante: No olvide mantenerse en contacto constante con la Base. Puede necesitar ayuda... de cualquier clase. Tenga siempre abierta la conexión interestelar en cadena. Nuestras propias Bases galácticas actuarán de conductores sin fin.

-Lo haré, profesor Gingo. Le escucho.

-Foran Ymo era un patrullero de primera clase apto para todo servicio y curtido en las lides interplanetarias. Últimamente tenía asignadas las patrullas y el abastecimiento entre dos de nuestras Bases más solitarias: las de Tercidina y Antígona, planetoides del gran cinturón que se extiende entre Marte y Júpiter. No creo oportuno entrar en detalles respecto a su servicio profesional. El coronel me ha indicado que no tenemos nada en contra de su trabajo, lo cual demuestra su probada aptitud. Paso seguidamente a exponerle las últimas noticias recibidas.

Gingo abrió un paréntesis, durante el cual contempló reflexivamente sus cuidadas manos.

-Desde el planetoide Eros -prosiguió después- nos enviaron un mensaje acústico informando que su astronave había sufrido averías en los elementos de propulsión viéndose obligado a tomar tierra en un mundo no señalado en las cartas para la navegación espacial. El mensaje llegó al Mando retransmitido por conducto de varias estaciones avanzadas, y la potente emisora de Eros empujó el eco hasta la central de la Base Lunar. Usted sabe, capitán, que valiéndose del sistema de conductores sin fin cualquier clase de mensaje puede llegar a nosotros aunque se transmita en los confines de la galaxia conocida. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la retransmisión se ve alterada por deformaciones propias del muro sónico y el vacío interestelar a larga distancia. El mensaje que captamos de Eros llegó tan claramente al mando *como si hubiese sido emitido en la Tierra*. Hubiésemos sospechado que se trataba de una broma de mal gusto... a no ser por la propia voz de Foran Ymo y las claves de identificación que expuso correctamente. Éste fue nuestro primer motivo de asombro.

-¿Supone usted que Foran no radió desde su propia astronave?

-Exactamente. Creo que *algo* dio potencia a su transmisor. *Algo* que por sí solo supera a cuanto hemos descubierto hasta la fecha.

-Pase por alto sus consideraciones, profesor -aconsejó el coronel Morrow-. Sandro toma nota de ello y lo tendrá presente cuando empiece sus investigaciones en Fymo, ¿no es así, capitán?

Sandro Warren asintió. Cruzó una mirada de inteligencia y tuvo la certeza de que sus pensamientos habían llegado a identificarse con los del profesor. Aquel *algo* era muy inquietante.

-Prosigo -dijo Gingo alzándose levemente de hombros-. Utilizando el

mismo procedimiento de conexión en cadena enviamos a Foran Ymo la respuesta.

El profesor suspiró:

-¡No llegó a su emisora! -exclamó con ira.

-¿Cómo...? -preguntó Sandro-. Quiere decir que Foran podía hablar con nosotros y nosotros no podíam...

-Sí -atajó el coronel-. Eso es lo que ha dicho.

-¿Por qué?

-Imagino que una barrera electrónica lo impedía -explicó Gingo sin convicción-. Pero ha de ser, por fuerza, una barrera de tipo ignorado para nosotros. Permite transmitir, es más, centuplica la fuerza emisora y alarga las distancias sin perjudicar la modulación; al mismo tiempo, no deja pasar las ondas extrañas.

-¿Puede existir una cosa semejante?

-*Existe* -gruñó Gingo dándole un tono especial a la palabra-. Todavía no hemos estudiado este fenómeno. Por ello, acepto la sospecha de una barrera electrónica a falta de un argumento mejor.

-Una barrera que aísla a Fymo del resto del Universo... -musitó Sandro-. ¿No cree, profesor, que esto podría justificar nuestra ignorancia respecto a este asteroide? Los aparatos de detección difícilmente la atravesarían... desde el momento que las ondas se ven impotentes ante ella.

-¡Bravo! -aplaudió el coronel Morrow impaciente-. Es una buena idea, ¿verdad, Gingo?

-Sí... -murmuró el aludido-. Tal vez lo sea. Y confieso que, a pesar de tenerlo delante de la nariz, no se me había ocurrido. Pero existen puntos flacos. Cientos de patrulleros como Foran Ymo han sobrevolado la zona donde suponemos se encuentra el asteroide. ¿Por qué no lo descubrieron antes?

-Voy a contestarle con otra pregunta -dijo Sandro sintiéndose como estimulado por una súbita energía interior-. ¿Qué puede usted decirme sobre la Ley de Invisibilidad?

-Muy agudo -admitió Gingo-. Sí, capitán. Agudo de veras. Nosotros empleamos un tratamiento que permite hacer invisible cualquier objeto durante determinado tiempo. En virtud de él, un hombre puede pasearse mientras duren los efectos del tratamiento sin que ópticamente llegue a ser descubierto por nadie. Lo admito. Mas ahora no se trata de un hombre... ¡Todo un mundo no puede volverse invisible, Sandro!

-Aceptemos los hechos -intervino Morrow-. La hipótesis de Sandro cabe en lo posible... puesto que la emisión que captamos por medio de Eros también escapaba a nuestros resultados normales. Seguramente, Fymo está poblado por una raza de seres superdotados y cuya mentalidad rebasa en mucho nuestras facultades creadoras.

Gingo no se dio por vencido.

-Otra pregunta -denegó-. ¿Cómo pudo atravesar la astronave de Foran esa barrera e ir a posarse en el suelo sin contratiempos? Usted, Sandro, responda.

-Lo haré cuando regrese de mi exploración -replicó el joven.

-La casualidad de que Foran Ymo la encontrase, hallándose acuciado por la avería de su nave, me parece tan remota como extraordinaria. No podía dominar los mandos, habló de un agarrotamiento en el timón de dirección, los instrumentos de a bordo parecían imantados, estaba anocheciendo y apenas...

-Quizá exista una abertura... -apuntó Morrow.

-¡Ya lo tengo! -casi gritó Sandro.

-¿Qué es lo que tiene?

-Hable, capitán.

-La solución -contestó Warren mirando con aire triunfal a sus superiores-. El agarrotamiento de los mandos explica un par de cosas.

-¿Cuál es la primera? -se interesó Gingo.

-Ondas neutralizadoras. Con ellas pudieron paralizar a distancia el control de la astronave, por eso Foran se vio impotente de dirigir el vuelo.

-¿Y la segunda? -apremió Morrow.

-Viene a echar un poco de luz sobre la fatídica barrera electrónica... o lo que sea. Mediante el empleo de rayos magnéticos, atrajeron la astronave a la abertura de acceso y la guiaron hasta tierra. ¿Les dijo Foran si había sufrido algún desperfecto al aterrizar?

--No, no lo dijo. Pero el capitán Galloway, que dirigió el grupo de salvamento, encontró su astronave. Sólo acusaba una rozadura insignificante en el fuselaje.

-Todo encaja, coronel. *Ellos*, sea quienes fueren, se aprovecharon de la avería... o tal vez la provocaron. Abrieron la barrera que protege a Fymo y atrajeron a Foran. Deben tener poderosos motivos para obrar de ese modo.

-Si es así, ¿por qué le permitieron emitir la señal de socorro? ¿Dónde fue a parar el cuerpo de Foran? ¿Por qué hicieron desaparecer también a los dos soldados de salvamento? ¿Cómo se explica...?

-Aguarde, profesor -rogó Morrow-. Son demasiadas preguntas. Ninguno de nosotros puede contestar cuerdamente a ellas. Pero me siento satisfecho ante el nuevo giro dado a la conversación. Ya no está todo tan embrollado. Al menos, contamos con algunos detalles comprensibles.

-El coronel tiene razón -apoyó Sandro-. Creo que nos hemos dejado dominar por el pesimismo ante lo inusitado de las circunstancias. Quizá los terrestres nos sentimos un poco orgullosos de nuestro propio poder y nos anonada descubrir que alguien puede ser tan poderoso o más que el hombre. El tiempo nos dará la respuesta a sus interrogantes, profesor

Gingo. Por favor, termine de explicarme lo sucedido a Foran y al equipo de salvamento. Necesito imponerme de todos los detalles para que mi información sea lo más completa posible.

-El resto creo que ya no merece explicación -repuso Gingo distraído, puesto que debía hallarse meditando con intensidad-. Como le dije, nos fue imposible hallarle. Escuchábamos su voz, sus demandas de socorro y la desesperación que se traslucía en su acento a medida que transcurría el tiempo. Intentamos comunicar valiéndonos del sistema múltiple, el de bombardeo etéreo, y pasamos órdenes en este sentido a las Bases más próximas. Nadie logró ponerse en contacto con Foran. Gracias a los detalles que él nos facilitaba de modo frenético y al relato de su accidente, que no cesaba de repetir, localizamos teóricamente el asteroide y enviamos la expedición de socorro. Era una futilidad, pero confiábamos en que Foran pudiese resistir una temporada con sus raciones concentradas de proteínas. El vuelo ha durado más de tres meses.

-Imagino sus incertidumbres durante tanto tiempo. Han sabido llevarlo todo en medio de riguroso secreto.

-Sólo en el Organismo Central de la Tierra era conocida esta sorda lucha interior. Ya conoce los resultados, Sandro. El capitán Galloway, al frente del grupo, halló la astronave, pero ni el menor rastro de Foran. Nos consultó pidiendo instrucciones. ¡Asómbrese! Captamos su mensaje a la perfección... ¡y Galloway el nuestro!

Sandro torció los labios y se rascó detrás de la oreja.

-Vuelven los problemas -mascculló entre dientes-. Foran no podía recibir las ondas y Galloway sí. ¡Es para enloquecer!

-Bueno -terció Morrow-. No se desaliente. Estos misterios serán descifrados, Sandro. ¡Tenemos que conseguirlo! Adelante, profesor.

-Sí, coronel. Galloway envió un pelotón para que registrase algunos sectores de Fymo. Entonces fue cuando dos de sus hombres desaparecieron como arrastrados por incognoscibles espíritus. Cesó el control a distancia y los registros del aparato detector quedaron *vacíos*. Galloway pensó, como usted antes, en la desintegración e hizo una exploración atmosférica... que resultó infructuosa. Empezó a ponerse nervioso y pidió nuevas órdenes. Ante su evidente incapacidad, teniendo en cuenta, desde luego, que su equipo no iba provisto de los medios necesarios para una exploración en regla, le hicimos regresar. Eso es todo. Deseo de corazón que su grupo tenga más suerte, capitán Sandro.

-Es bastante extraño lo ocurrido... -murmuró Sandro-. Parecía teníamos salvados algunos escollos, pero lo que acaba usted de decir, vuelve a sumirme en el desconcierto. No me explico el proceder de los habitantes de Fymo. Y naturalmente, ese nuevo mundo tiene que estar habitado por alguien.

-Sí; es un hecho aceptado de antemano. Lo que ya no está tan claro es la clase de habitantes que lo pueblan. Temo que no sean humanos, Sandro.

-Demuestran gran inteligencia. Pero han de ser humanos. Aunque se tratase de máquinas perfectas... ¿Quién sino el hombre las habría concebido? Hemos pasado ya la época de los balbuceos espaciales. «Sabemos» qué clase de pueblos viven en los mundos del Sistema Solar. Donde hay máquinas, hay seres, cualquiera que sea su envoltura carnal.

Gingo se alzó de hombros, aplastado por tan espesos enigmas. Morrow suspiró, y aquel suspiro fue cuanto brotó de sus labios.

-Oiga, profesor... -dijo Sandro muy lentamente-. Cuando Foran Ymo sufrió la avería y trató de buscar un lugar donde aterrizar, era de noche, ¿no?

-Repitió varias veces que estaba anocheciendo.

-¿Y Galloway? ¿Llegó a Fymo de día... o también de noche?

-¿Qué se le ha ocurrido, capitán? -quiso saber Morrow.

-Estoy recordando lo que pasó al colonizar Aquiles. Yo no entiendo de cientifismos como el profesor, pero me avala una larga práctica como explorador del D.E.I. Durante el día Aquiles era un lugar saludable. Al ponerse el Sol, de sus pantanos brotaban gases venenosos que causaron la muerte a miles de nuestros colonos...

-¿Trata de establecer paralelismos entre Aquiles y Fymo?

-Ambos son asteroides, es decir, planetas pequeñísimos. Bien podría existir.

-No creo.

-¿Por qué no, profesor? Fíjese en estos puntos, que no ceso de repasar mentalmente. Basándome en ellos, podemos reconstruir, imaginariamente, claro, la aventura. Foran Ymo llegó de noche o, empleando sus propias palabras, al anochecer. Podía emitir en cadena, pero no captaba las respuestas. Dejemos sentada una supuesta influencia nocturna. Luego, al caer la noche por completo, dejaron de oírle. ¿Es así?

-Transmitió casi dos horas -runruneó Gingo. Bien pudo ocurrir como usted sugiere.

-Suponemos que desapareció. Bien, pasemos ahora a Galloway. Imaginemos que llegó de día. Emitió y recibió, sin interferencias, los mensajes del Mando. Luego, como ocurrió a Foran Ymo, llegó la noche. Dos de sus hombres se esfumaron en el aire. Al día siguiente, asustado, volvió a llamarles y ustedes le ordenaron regresar. Aquí hay algo interesante. Libertad en todos los sentidos, seguridad, atmósfera limpia y tranquila bajo la luz solar... e inexplicables desapariciones en las tinieblas. Día y noche. Vida y muerte. Dos conceptos... que pueden decidir algo la partida empeñada contra los secretos de Fymo.

-Un razonamiento lógico, pero...

-Aún no he terminado, profesor. Escuche esto. Durante el día Fymo es un astro invisible a los ojos humanos y algo impide su detección. Durante la noche, una barrera se abre en torno a él, aislándolo. ¿Qué responden a ello?

-No tengo teoría formada sobre el particular... todavía -dijo Morrow-. Aunque quizá es un paso adelante en este enredo.

-Tampoco yo puedo responder. De todas formas, tendré en consideración su razonamiento y lo expondré al Consejo. Estoy empezando a darme cuenta de que el coronel Morrow fue sincero al decirme que usted, Sandro, era la persona ideal para realizar la misión. Si su arrojo puede compararse a las iniciativas que bullen en su cerebro, espero que haga un gran papel al D.E.I. en ese nuevo mundo.

-Gracias, profesor.

-Me avergüenza un poco aceptar que es usted infatigable -sonrió Gingo-. Cuando entró aquí, no sabía qué pensar. Ahora, con su ejemplo, ardo en deseos de buscar caminos para llegar al corazón del misterio.

-Yo les abriré algunas puertas... nada más ponga pie en Fymo. A propósito de este asteroide: Usted aseguró que en teoría calcularon su posición astral. Un trabajo teórico excelente, ya que la patrulla de Galloway lo encontró. Me agradaría conocer algo sobre la situación de Fymo en el espacio. ¿Tiene inconveniente, profesor?

-Ninguno. ¿Lo tiene usted, coronel?

-Claro que no. Sandro es de absoluta confianza. Además, tendrá que saberlo antes de emprender el viaje. Sólo le pido que no lo divulgue aún. Esta exploración es, en muchos aspectos, secreta. Desde la Tierra se nos ha ordenado no dar publicidad al asunto. La razón es obvia. Antes debemos saber a qué atenernos.

-Comprendido. Guardaré para mí cuanto hablemos en este despacho.

-Creo que la explicación será más asimilable si la ayudo con un mapa estelar -sugirió Gingo-. ¿Quiere proyectar el Sector 8.300-P, coronel?

-Naturalmente.

Morrow se inclinó hacia adelante en el asiento y accionó los botones del cuadro fosforescente. Al instante, la hermosa iluminación se atenuó hasta quedar convertida en una penumbra agradable que servía de descanso a los ojos. En toda la extensión de una de las enormes paredes surgió un mapa estelar tridimensional y embellecido por los incoloros reflejos de estrellas, nebulosas, galaxias espirales, constelaciones compuestas por cuerpos celestes de diversa magnitud y desperdigados planetoides, todo ello resaltando de forma normalmente óptica sobre el fondo negro del firmamento.

Sandro conocía el procedimiento superfotográfico de que se valían en los laboratorios de revelado para conseguir tal perfección en las

reproducciones sidéreas. A pesar de ello, observó con admiración aquel pedazo del espacio, cuyas proporciones, distribución y órbitas correspondían fielmente a la más exacta realidad.

-La proyección del Sector 8.300-P corresponde al llamado Reino de los Guijarros, más comúnmente conocido por el Cinturón de Planetoides, que pueblan el espacio entre la órbita de Marte y Júpiter -expuso Gingo con entonación mesurada-. Observe el mapa, Sandro, y advertirá que la sombra parcial del Planeta Rojo es visible. Júpiter, al extremo de la pared, se distingue a la perfección. Entre ambos planetas, como un espolvoreado de heteróclitas motitas, existen unos cincuenta mil cuerpos celestes, la décima parte de los cuales han sido explorados, colonizados experimentalmente y convertidos en Bases avanzadas del D.E.I. Tenemos datos precisos de sus atmósferas, gravedades, fenómenos y principales características, así como cartas de referencia bien redactadas, capaces de servirnos en caso de una incursión operativa de cualquier orden. El Cinturón de Planetoides, que fue la pesadilla de nuestros antepasados por las dificultades que implicaba en los vuelos interplanetarios, no encierra ya grandes secretos. Cualquier espacionave puede sortear los obstáculos valiéndose del *radarson* y de los gases barredores de meteoritos. Ahora dominamos todo el Sector 8.300-P. Observe los puntos luminosos en azul que señalan las principales Bases del D.E.I.

Mientras hablaba, Gingo fue señalando con la mano algunas de ellas, seguido por la atención de Sandro y el coronel.

-Ceres, Pallas, Juno, Astraea, Hebe, Iris... -enumeró-, Flora, Antígona, Ariadna, Circe y la subbase de Euterpe, actualmente en instalación. Por este otro lado tenemos a Melpómene, Prisma, Clitemnestra, Centenaria... La Base de Eros, cuya órbita se encuentra entre la Tierra y Marte, dotada de los últimos adelantos y baluarte de importancia tal que algún día llegará a eclipsar el Cuartel General de la Luna. Contamos también con puestos de observación en Eunomia, Tercidina, Aquiles, Néstor, Agamenón... -se interrumpió, como fatigado por la detallada enumeración-. Bueno -prosiguió-. Esta exposición no conduce a ningún sitio, puesto que usted conoce bien la distribución de los Explorocuarteles del Departamento, capitán Sandro. Si acaso, sirve para demostrar una vez más que el Reino de los Guijarros nos es conocido. Por esta circunstancia nos pilló tan de sorpresa las primeras noticias de Foran Ymo. Casi los cincuenta mil planetoides están clasificados en nuestros archivos y los que carecen de nombre llevan las característica numérica que empleamos para distinguirlos. Creíamos firmemente que no quedaba nada por descubrir en el Sector 8.300-P. Nos equivocamos. Aquí, relativamente próximo a Antígona, se encuentra el asteroide Fymo.

Gingo movió la cabeza de izquierda a derecha.

-Foran Ymo no pudo suministrarnos amplios informes sobre él, porque le dominaba el terror al saberse irremisiblemente perdido. Pero el capitán Galloway nos ha dicho, en dos pinceladas, que su atmósfera y constitución geológica difiere bien poco de los enanos que pueblan el Cinturón. Temperaturas extremas, gases dispersos, masa reducida, elementos líquidos en estado de congelación... Prácticamente, nada. Su informe será mucho más preciso... Eso espero, capitán Sandro.

-Descuide. Llevaré en mi grupo a Clifford, Donald y Edwards. Entre ellos y yo podremos ensanchar el campo de los conocimientos sobre Fymo.

-¿Desea saber algo más en particular?

-Nada. La situación era lo que me interesaba. Tengo suficiente con ello para reflexionar a conciencia. Gracias, profesor. El resto lo averiguaré por mí mismo... y en el terreno real.

-Hemos terminado, coronel. Desconecte, por favor.

Morrow así lo hizo y, al quedar borrada la proyección en relieve, la estancia volvió a inundarse de luz. Durante unos minutos, en los que cada cual estuvo ensimismado en sus propios pensamientos, el silencio operó sobre todas las cosas, turbado, de forma monorrítmica, por el zumbido de los generadores subterráneos. Al fin, poniéndose en pie, Sandro Warren resumió la situación en cuatro firmes palabras:

-¿Cuándo es la partida?

-Usted debe decirlo, Sandro -replicó el coronel-. Le dejo en libertad para que empiece a preparar la dotación de su astronave.

-Mis hombres están listos para el servicio en todo momento, señor -fue la segura respuesta del joven que pronto iba a enfrentarse con uno de los más horribles enigmas de la expansión interestelar.

CAPÍTULO III
GRUPO DIAMANTE

Más de medio millar de personas se hallaban congregadas en las proximidades del cohetódromo de Aristarco, situado al Sur del famoso cráter, y avanzaron hasta el límite legal de aproximación marcado por las cercas eléctricas. Los soldados de la vigilancia, armados con fusiles ultrarrápidos de agujas paralizantes, estaban convenientemente distribuidos en sus puestos, y, aunque su intervención no fue necesaria en ningún momento, contemplaban con mirada perpleja a la multitud. Los despegues y tomas de tierra en la Base Lunar eran harto frecuentes, por lo que generalmente sólo algunos desocupados se detenían en los cohetódromos civiles y militares para presenciar las operaciones de partida o regreso. Aquella abigarrada multitud, semejante a hormigas en comparación con la llaga circular abierta en la superficie del satélite, resultaba tan ilógica como desacostumbrada.

Tal vez fue el secreto con que se efectuaron los rápidos preparativos de marcha la razón que desorbitó la curiosidad. Habitualmente, nadie -o casi nadie- prestaba atención a las naves del D.E.I. que se equipaban y disponían en posición vertical para ascender al espacio. Todos, hasta los más indiferentes, sabían que pronto comenzaría otra nueva exploración interestelar y, en la mayoría de los casos, ya habían corrido rumores referentes a su posible destino.

Cuando el esbelto huso plateado en forma de punta de lanza -y rematado por cuatro aletas a cola que servían especialmente para que se posase en la superficie-, fue sacado del hangar climatizado y puesto en la pista circular, toda la colonia terrestre afincada en la Luna comprendió que otra misión interplanetaria iba a dar principio. En muchos aspectos la noticia pasó desapercibida. ¡Era tan vulgar, tratándose de una Base específicamente destinada a reconocimientos siderales! Pero la cosa varió de aspecto nada más el misterio se espesó en torno al destino, la clase de trabajo a realizar y, sobre todo, la obstinada terquedad de Sandro Warren en negarse a facilitar el menor detalle. Los mecánicos empezaron a fantasear, se habló de una rebelión ocurrida en las colonias más alejadas del Sol y los más imaginativos aseguraron que *algo gordo* llevaban entre manos los jefes del Organismo desde el momento que el capitán Sandro andaba metido en el *ajo*. Las veladas noticias espolearon la curiosidad general y así, acuciados por la incertidumbre, el apiñado grupo formado por más de quinientas personas se reunió para asistir al acto de la partida.

Los soldados de la vigilancia sabían que no ocurriría nada, aunque, acaso contagiados por la muchedumbre, se sentían algo nerviosos. Empuñaban sus fusiles en actitud de *alerta*, pese a que las filas de curiosos

no efectuaban ningún movimiento alarmante. La noche lunar reinaba en todo su apogeo, permitiendo apreciar la belleza inmensa de las rutilantes estrellas y el resplandor que señalaba la zona iluminada de la Tierra, flotante en el espacio como una hermosa burbuja sólida. La astronave, con la afilada nariz apuntando a lo alto, no tardaría en hallarse lista para el vuelo. Un vehículo-cisterna, panzudo y deforme, se encargaba de pasar el combustible isotópico a los gigantescos depósitos -los dos tercios de la nave-, mediante el empleo de conductores de plástico galvanizado e ininflamable. La operación de bombeo, pese a la propulsión atómica, se efectuaba lentamente debido a la escasa gravedad del satélite.

Alrededor de la astronave todo era agitación, movimiento y órdenes. Los focos de pantalla *dúplex-fúlgida* bañaban el estilizado fuselaje, arrancando de las planchas sin juntas brillantes resplandores. El elevador lateral, que subía los instrumentos para exploraciones, los contingentes de aprovisionamiento y el personal reglamentario, no dejaba de funcionar ni un minuto. Las puertas de cierre hermético del almacén, así como las de la cabina, que se veían en lo alto de la nave -a 150 metros del suelo-, iban tragando ávidamente cuanto recibían, permaneciendo en espera del nuevo bocado que no tardaría en traerle el ascensor poco después. Un ejército de hombres, que los yelmos de sus cabezas convertían en cómica manada de monstruos, se movía activamente de un lugar a otro, espoleado por los gritos apremiantes de los capataces de cuadrilla, cuyas voces eran tan estentóreas que a buen seguro hubiesen podido oírlas sin el empleo de los amplificadores acústicos adaptados al protector vítreo.

Sandro Warren, luciendo su azulado uniforme espacial y con la gruesa pistolera colgándole de la cintura, repasaba una nutrida lista de material con la escrupulosidad de quien posee demasiada experiencia para echar algo en olvido. A su lado, igualmente atareados, se hallaban tres de sus más eficaces colaboradores: Morgenston, Clifford y Donald. Los tres merecían por derecho propio estudio aparte.

A pesar de la notable juventud de aquel trío, eran, cada uno en su especialidad, relevantes elementos, gracias a cuyas valiosas aportaciones el *Grupo Diamante* (designación oficial del equipo interplanetario de Sandro) había logrado solvente fama. Morgenston, que con sus 39 años era el hombre maduro de la dotación, ostentaba el cargo de doctor en medicina. Nada más escapasen de la Luna a velocidad *trisónica* (tres veces la del sonido), la salud de todos los expedicionarios quedaría en sus manos. Desde una faringitis vulgar a una inflamación pulmonar causada por atmósferas impuras, pasando por trastornos estomacales, mareos y *shocks* nerviosos, debía saber aplicar el tratamiento adecuado para que nada fallase en el *Grupo Diamante* desde el punto de vista físico. Mantener a los hombres en perfecto estado de salud, y curarlos cuando ésta se alterase, era

su cometido. Llevando a Morgenston con ellos, todos se sentían más tranquilos y, por ilusión, inmunizados contra cualquier clase de gérmenes.

Clifford, un zanquilargo de cabellos cortados en forma de cepillo, poseía una energía interior que siempre se manifestaba con explosiones incontenibles. Su carácter, cien por cien aventurero y arriesgado, corría parejo al de Sandro Warren y le había causado más de un contratiempo en su carrera. No tenía rival en su calidad de astrobiólogo. Podía emitir informes de una sola ojeada, y cuando él señalaba órbitas, soluciones matemáticas o existencia de seres vivos... Sandro estaba dispuesto a dejarse despellejar antes de que la duda apuntase en su mente. Sus notas en ambas carreras (Matemáticas del espacio y Biología astral) siempre fueron brillantísimas.

Donald, el botánico, tenía cara de muchacho y, en realidad, lo era. Veintitrés años terrestres en plena pujanza. Comedido en las palabras, casi monosílabo en algunos casos y eternamente taciturno, parecía pasarse la vida en las nubes, tal efecto producía su concentración mental. Sin embargo, cuando hablaba de su especialidad daba gusto escucharle. Sandro podía contarse entre las pocas personas que habían gozado de sus tardíos discursos. Además, poseía gran experiencia en cuestiones de lunas, porque había conseguido diplomas en la difícil asignatura de los anillos de Saturno[3].

El mareante correteo en torno a las fenomenales aletas de la astronave no lograba arrancar de sus tareas a Sandro y sus colaboradores, que seguían sumergidos en el dédalo de las comprobaciones. Por ello, fue necesario que el teniente Charlie Falk, ayudante militar en las labores de seguridad y protección del personal expedicionario ante cualquier coalición armada que pudiese originarse contra ellos por la invasión de un territorio extraño, repitiese la llamada.

-A sus órdenes, capitán. La escuadra está dispuesta para embarcar.

Sandro apartó la vista de la, hoja escrita y volvió, por último, a la realidad.

-Hola, Charlie -sonrió, respondiendo familiarmente a su saludo-. Descanse. ¿Qué decía?

-La escuadra de protección, señor. Espero que me dé su permiso para que embarque.

-¡Ah, sí! ¿Cuántos hombres la componen?

-Veinte soldados escogidos, el sargento Whitman y yo.

-¿Whitman? Creo que he oído hablar de él. ¿Es veterano?

-Bastante. Ganó una medalla en la escaramuza contra los dípteros tóxicos de Calisto[4]. Seguramente le conocerá. Es aficionado a un instrumento casi prehistórico... Armónica, creo que se llama.

-Ya recuerdo. El músico aficionado que da conciertos particulares a las

muchachas de la colonia. Debe ser un buen soldado, porque el coronel Morrow asumió la responsabilidad de elegir un suboficial que reemplazase a Tom, reclamado para misiones auxiliares en la Tierra. Muy bien. Ocupen el elevador y suban a la cámara. Me reuniré con ustedes cuando termine el repaso.

-¿Nada más, señor?

-Nada, Charlie. Puede retirarse.

Sandro desvió la mirada y volvió a repasar la lista de material. Esperaba que Falk diese media vuelta y fuese a ocuparse del alojamiento de los hombres; pero no fue así. El teniente permaneció a su lado.

-¿Tiene algo que añadir, Charlie? -preguntó.

-Pues... no; no, capitán.

Se advertía indecisión en su voz y los azules ojos brillaban de interés tras la vítrea superficie del yelmo.

-Vamos, diga lo que sea. Usted y yo nos conocemos de sobra, Charlie.,

-Quisiera preguntarle una cosa... si usted me lo permite, capitán. Estoy intrigado.

-Permitido. ¿Qué es ello?

-La escuadra. Me parece muy numerosa. Hasta ahora siempre hemos llevado diez soldados... quince como máximo. Esos veinte hombres ocuparán mucho sitio a bordo y ya sabe usted que el espacio es vital en la astronave, especialmente cuando se trata de un vuelo tan largo y es forzoso sacrificar algunos utensilios para conseguir el acoplamiento de tan numerosa dotación.

-Vamos a visitar un mundo nuevo. Conviene ir protegido... por lo que pueda pasar.

-Lo sé, capitán. Pero he asistido personalmente al embalaje del armamento y creo que con todo lo que llevamos puede hacerse frente a medio Universo. Además, están los veinte hombres. El número da que pensar. Nunca hemos ido tan sobrecargados en incursiones anteriores.

-No se inquiete. Es simple precaución. Sería muy desagradable recibir una sorpresa en ese nuevo mundo, por eso contamos con una escuadra adecuada para repeler lo que se oponga a nuestra toma de posesión.

-¿Cree usted que habrá sorpresas?

-Siempre las hay, ¿no?

-Sabe a lo que me refiero. Las sorpresas de tipo general no me preocupan...

Sandro emitió una risa breve.

-También usted ha prestado oídos a las tonterías que se murmuran por ahí, ¿verdad?

-Pues...

-Claro que sí, Charlie. Mire, al otro lado de las cercas eléctricas va

creciendo una multitud que, como usted, se ha dejado impresionar por relatos fantásticos. Si no le conociese de antiguo, diría que teme hallar fantasmas en el asteroide.

-.No es así, señor. Aunque a juzgar por lo que llevo visto... alguien debe suponer que seremos recibidos con fuego de proyectiles nucleares. Además, están los veinte hombres -insistió-. La escuadra más numerosa que ha tenido el *Grupo Diamante*.

-Es por orden del coronel.

-¿No existe otra razón?

-Creo que sí. Pero tendría que preguntarle al propio coronel para conocer la respuesta.

-Comprendo. No está autorizado a revelarla.

-Les daré a todos una información general sobre el asteroide cuando emprendamos el vuelo. De este modo espero calmar sus recelos.

-Los hombres lo agradecerán, capitán. Reina cierto... cierto desconocimiento en este viaje. En cuanto a mí, sabe que obedeceré ciegamente sus órdenes. Tengo fe en mi capitán.

Sandro volvió a reír y Charlie, saludando, se alejó en dirección al alineado pelotón que aguardaba cerca de allí. El joven se repitió que podía confiar en él, como en tantas otras ocasiones. Alguien le estaba dando palmaditas en la espalda. Ladeó la cabeza y descubrió al inflamable Clifford.

-Oye, Sandro. El teniente dijo que venía con nosotros Whitman, ¿no?

-Sí. Eso fue lo que dijo.

-¡Charcas de Venus! ¿No podían haber escogido a otro?

-Pensaron en él después de escrupulosa selección. El coronel debe considerarlo un personaje muy capacitado.

-¡Cuernos! -gruñó el astrobiólogo-. No me gusta ese tipo de la armónica. Mete demasiado ruido a todas horas con su cacharro lleno de agujeritos. ¡Y yo soy alérgico a la música!

-Lo siento, Clifford. El doctor tendrá que recetarte algo para esa enfermedad.

-¡No le veo la gracia! -refunfuñó su amigo-. ¿Oyes eso, Morgenston? ¡Tendré que hacerle tragar la armónica de un puñetazo!

-Tómalo con calma -aconsejó Morgenston-. Dispongo de unas píldoras somníferas excelentes... y muy indicadas para la alergia musical.

-¿De veras? ¡Tampoco tiene gracia, matasanos, dolicocéfalo!

-¿Por qué no os calláis de una vez? -preguntó Donald, el botánico-. Después de todo, no espero hallar mucho oxígeno a donde vamos y ese sargento tendrá que pasarse la vida con el yelmo calado. No podrá tocar su armónica.

-Apuesto algo a que hay oxígeno en esa atmósfera -contradijo Clifford.

-Bueno. Cállate -replicó Donald con su habitual acento taciturno.

La conversación cesó tras de un par de ensortijadas exclamaciones de Clifford y cada cual pudo dedicar la atención a su trabajo. El vehículo-cisterna estaba terminando de pasar a los tanques el combustible isotópico y las cuadrillas de personal se disponían a retirar las grúas automáticas que emplearon para el acarreo. El elevador zumbó, llevándose hacia lo alto a la mitad de la escuadra armada, mientras el resto, incluidos Charlie Falk y el sargento Whitman, esperaban el próximo ascenso. Un coche oruga de la Base pasó el control electrónico y se detuvo al pie de la nave.

De su interior surgieron varios hombres equipados con los trajes adecuados, y Sandro reconoció entre ellos a Edwards, el geólogo número uno de la colonia terrestre en la Luna, también adscrito al *Grupo Diamante*. Igualmente, descubrió al achaparrado Lawrence, el ingeniero que construiría sus viviendas para el período experimental durante la exploración de Fymo. Andy Nogler, Damon Strong y Barrie; el piloto espacial, copilotomecánico y técnico radioelectrónico respectivamente, caminaban juntos, charlando entre sí y comentando, quizá, las futuras incidencias del vuelo. Con la llegada de los cinco hombres quedaba completa la dotación de la astronave... exceptuando a uno de sus miembros. ¿Dónde estaría metido Chips? Hasta entonces siempre fue puntual. Resultaba extraña su tardanza.

-¿En qué piensas? -preguntó Donald, empezando a guardar sus apuntes en una amplia cartera de *vidriopiel*.

Sandro expresó en voz alta sus ideas, de modo inconsciente.

--No sé qué habrá podido pasarle... Estamos a punto de salir y...

-¿A quién te refieres?

-A Chips, por supuesto.

-Chips, es verdad... No ha comparecido, ¿eh? Envíale un aviso por el control a distancia.

-¡Ah, Sandro! -dijo el doctor Morgenston, dándose una palmada en la frente-. Chips no vendrá esta vez con nosotros. Le hice ingresar en el sanatorio después del reconocimiento médico.

-¿Por qué no lo dijiste antes, Morgenston?

-Tienes razón. Perdona, muchacho, pero lo había olvidado. Sufre una afección cardíaca de cierta consideración, que nos obliga a prescindir de él.

Estuve hablando con el coronel Morrow sobre el particular y me indicó a Rita Ley como su posible sustituto. No creo tarde en llegar...

-Ya está ahí -anunció Clifford, poniendo cara avinagrada-. Estamos de suerte, ¿eh? Un sargento con aficiones filarmónicas... y una mujer políglota. ¡Gases emponzoñados! ¡Es lo que nos faltaba!

-Bueno, Clifford, abandona el malhumor -sonrió Morgenston divertido-. La señorita Ley es un funcionario modelo... y físicamente bien

dotado.

-Sus condiciones profesionales son lo único que me interesa -manifestó Sandro-. Será mejor que la recibamos con aire de circunstancias. Viene acompañada por el coronel.

-¡No me agradan las mujeres entrometidas! -gruñó Clifford-. Se limitan a estorbar y no dejan hacer nada provechoso a los demás. ¡Tormentas de hidrógeno! ¿Por qué no la rechazas, Sandro? ¡Esta chica nos...!

-.Ssss... -ordenó Sandro-. Ya llegan.

En efecto. El potente trineo-atómico del coronel, con las divisas del Mando moldeadas en relieve sobre la superficie de *acerofán*, se detuvo al lado de las aletas que sustentaban todo el peso de la gigantesca astronave. El ordenanza uniformado abrió la portezuela y Morrow saltó al suelo, siendo imitado seguidamente por la esbelta Rita Ley. Sandro conocía a la muchacha de vista, aunque nunca tuvo ocasión de cruzar unas palabras con ella. Desde que llegó a la Base Lunar estuvo esperando una oportunidad para aplicarse al trabajo, pero los Grupos permanecían completos y la ocasión sólo se presentaría al producirse bajas. La dilatación de corazón que sufría Chips había servido para iniciarla en el camino del servicio activo.

-Descansen -permitió Morrow a los cuatro hombres, que mantenían la rígida posición de firmes-. Sandro, voy a presentarle al sustituto de Chips. El soldado especialista Ley. Aquí tiene a su capitán, soldado.

-A sus órdenes, señor -dijo Rita con una voz tan melodiosa que Clifford sintió incrementarse su secreción de jugo gástrico.

-Celebro conocerle, soldado Ley -asintió Sandro-. Espero que le hayan dicho algo respecto a Chips Morgan. Jamás he tenido un políglota mejor.

-Intentaré no defraudarle, capitán.

-Rita Ley actuará de intérprete en la expedición y le será muy útil si entabla contacto con seres inteligentes. Un diestro parlamentario es de fundamental importancia en estos casos -agregó Morrow, mirando al joven significativamente-. Domina a la perfección los idiomas interplanetarios oficiales y conoce más de cien dialectos galácticos.

-Teóricamente, parece ser la persona que necesitamos -admitió Sandro con leve ironía.

-Sé a lo que se refiere, capitán -dijo Rita Ley-. Carezco de experiencia. Pero eso es sólo en la Luna. He intervenido en algunas misiones realizadas por grupos terrestres y no hubo motivo de queja.

-Debió quedarse en la Tierra -rezongó Clifford-. Allí hay más oportunidades de ascender.

-Pero menos emoción, señor.

-Pidió el traspaso a la Base voluntariamente -aclaró Morrow-. Cuando se encuentre a bordo podrá leer su hoja de servicios, Sandro. Espero que

después de hacerlo... no echará de menos a Chips Morgan.

-Deseo que ocurra así.

-¿Cómo van los preparativos? -preguntó después, variando de tema.

-Todo listo para la partida. Ahora ocupa el elevador la escuadra de protección. Si usted no tiene nada que oponer, saldremos dentro de diez teminutos[5].

-Nada. Les deseo suerte.

Tendió la diestra a Sandro, que la estrechó con vigor. Luego, sucesivamente, lo hizo con Morgenston, Clifford y el silencioso Donald.

-No olvide mantenerse en contacto directo con la Base -recordó Morrow, mientras Sandro le acompañaba hasta el trineo-atómico-. Quiero darle una buena noticia antes de partir. Sus teorías están siendo estudiadas por Gingo y los hombres de ciencia del Consejo. Dicen que hay mucho de plausible en ellas.

-Me complace, señor.

-Adiós, Sandro. Feliz viaje.

-Hasta la vuelta, coronel Morrow.

Saludó por última vez y contempló como el trineo alzaba el vuelo y se alejaba en dirección al alto Observatorio de Aristarco. Morgenston hablaba cordialmente con Rita Ley cuando regresó junto a sus amigos, mientras Donald y Clifford recogían sus papeles sin dedicarle la menor atención, casi desdeñosamente. Aprovechó la circunstancia de que Rita se hallaba de perfil para recorrerla de una rápida ojeada. El doctor fue de una sinceridad descarnada al señalar que se trataba de un funcionario *físicamente bien dotado*. Pese a que el azul uniforme del D.E.I. no era el atuendo más indicado para resaltar la belleza femenina, los túrgidos contornos de su cuerpo moldeaban la atractiva silueta de forma encantadora.

Llevaba el cabello corto y peinado de modo que fuesen visibles sus lindas orejitas. Poseía un tono cobrizo, lustroso, que recordaba las rojizas llanuras marcianas, y Sandro se imaginó su fragancia sólo comparable a los exóticos jardines de la exuberante flora de Venus. Los ojos, de un color avellana claro, brillaban con tierna dulzura, orlados por espesas pestañas. Aunque no usaba maquillaje, las mejillas aparecían tersas y los jugosos labios, encendidos, adornaban como un estuche los blanquísimos dientes, iguales y perfectos, tan blancos como la nieve que centelleaba en algunos picachos lunares. La pequeña pistola, pegada a la curva redondeada de la cadera, más parecía un adorno que el objeto de primera necesidad en los viajes interestelares. Y las piernas, ceñidas por el pantalón, tenían un dibujo seductor... ese dibujo que los artistas definen siempre con la palabra *escultural*.

Bajó los ojos veloz, al advertir que Morgenston le miraba y la propia Rita Ley giraba sobre los talones para darle la cara.

-¿Puedo serle útil en algo, capitán?

-Hum... Es preferible que vaya hacia el elevador. Saldremos enseguida -Sandro firmó al pie de la lista de material y se la entregó-. Deje esto en manos del teniente Falk.

-A sus órdenes, señor.

-¡Dunning! -llamó Sandro, cuando la muchacha se alejó de ellos.

El jefe de cuadrilla Dunning corrió prestamente a su lado.

-¿Cómo va la carga?

-Acoplada en el cacharro. Esperamos su orden de partida.

-Listos. Despejen la pista y pónganse a cubierto tras los muros protectores.

-¡Suerte! -rió Dunning guiñándole un ojo-. ¡Y tráigame algún recuerdo de ese nuevo mundo, capitán!

-Vamos, amigos -dijo Sandro-. El elevador nos espera.

-Adiós, Lunita -murmuró Donald-. Tenemos trabajo más allá de Marte.

-¡Adiós, infecto cadáver! -gruñó Clifford-. Eres un horrible globo lleno de cráteres y grietas. ¡Maldita sea! A pesar de todo, te prefiero mil veces... ¡Un sargento filarmónico y una mujer! ¡Brrr...!

Morgenston se colocó a la altura de Sandro mientras caminaban en dirección al elevador.

-Bonita, ¿eh? -inquirió.

-¿Te refieres a la Luna?

-No. Me refiero a Rita Ley -puntualizó con una sonrisa bailándole en los labios.

-Sólo me interesa desde el punto de vista profesional -insistió Sandro.

-Te conozco, Sandro. Apuesto mi paga a que cambiarás de opinión bien pronto. Esa muchacha es la única persona en toda la colonia que me pone nervioso cuando hago reconocimientos médicos.

-Creo que exageras.

-No, amigo. Hablo en serio. Muy en serio. ¿Aceptas la apuesta?

-Lo pensaré -rió el joven-. Detesto las apuestas... de ese tipo.

Todo el personal que ocupaba la pista salió ordenadamente hacia los cobertizos y muros protectores. La astronave iba a partir, iniciando el vertiginoso vuelo hasta Fymo. La masa de curiosos retrocedió casi un centenar de metros y los soldados de la vigilancia desplegaron sus capotes de material antirradioactivo. En pocos instantes fue retirada la torre por cuyo interior funcionaban los cables del elevador. Los focos *dúplex-fúlgido* se apagaron, dejando el cohetódromo sumido en la oscuridad. La escena poseía algo de fantasmagórico y alucinante, incrementado por la presencia del tieso proyectil plateado en medio de la pista. Los cierres herméticos borraron todo el vestigio de aberturas en el fuselaje. Zumbó el mecanismo de los compartimentos estancos y tres luces rojas, parpadeando, indicaron

que Andy Nogler se disponía a empuñar los mandos.

El último zumbido fue apagado por el vibrante sonar de algo que se asemejaba a una tormenta lejana. Aquel ruido alcanzó proporciones de insospechada intensidad, obligando a taparse los oídos a cuantos presenciaban el despegue. Un círculo de llamaradas púrpura floreció a popa, iluminando cegadoramente las aletas de cola. El apocalíptico rugir estremeció las ondas sonoras pasando por todas las escalas conocidas. Infrasónica, sónica, supersónica, trisónica...

¡Paff! Una explosión estalló en la base de la astronave y las llamaradas quedaron atrás... ¡en la tierra estéril de la Luna! Un silbido agudo, el brutal desplazamiento del aire y una cola de chispas que se elevaba fulmíneamente hacia el cielo, marcó la salida. En menos de una fracción de segundo la espacionave se perdió de vista. Volvió la calma. El silencio. Arriba, en el firmamento, las estrellas seguían titilando. ¡El *Grupo Diamante* volaba rumbo a Fymo!

CAPÍTULO IV
EL ASTEROIDE

El cráter de Aristarco, punto más brillante de la Luna, fue perdiendo forma material en la pantalla que Sandro había conectado para contemplar el rápido alejamiento del satélite. Andy Nogler, atento a los controles de mando, y Strong, atareado en sus complicados cálculos de navegación espacial, ni se dieron cuenta de su entrada en la cabina de dirección. Sólo Barrie, el técnico radio electrónico, le saludó con un cariñoso resoplido. El capitán, como jefe del Grupo, gozaba de entera libertad para inspeccionarlo todo y trasladarse de un lugar a otro de la nave. Además, estaban acostumbrados a su devoción por la Luna, y no les extrañaba aquel último tributo de Sandro hacia el satélite terrestre, casi un rito en sus salidas de la Base.

La Gran Muralla se fue empequeñeciendo, desdibujándose hasta quedar convertida en una leve rugosidad circundada por los achatados *maria*. Después, la esfericidad lunar se ofreció en toda su esplendidez y la Tierra, muy distante, adoptó el tamaño de un melocotón oscuro. Las tres Marías, pertenecientes a la constelación de Orión, brillaban en el negro cielo, hundiéndose en la sima infinita del espacio. A partir de entonces, mientras la Luna iba encogiéndose y demostrando su insignificancia, un espectáculo de sorprendente belleza sería captado por los televisores distribuidos en el fuselaje de la astronave y reflejados en las diversas pantallas.

Toda la mágica sucesión de cuerpos celestes desfilaría ante los ojos curiosos de quienes quisieran contemplarlo. Desde la Luna al Cinturón de Planetoides, dejando atrás a Marte, la visión celeste, siempre igual y siempre renovada, sería el inmenso paisaje que les acompañaría por espacio de mes y medio.

Al poco tiempo de navegar, la espacionave surcaba los cielos en pleno portal de la galaxia conocida. Aunque seguían estando tan lejanas como desde la Tierra, o la misma Luna, las constelaciones de estrellas fulguraban en el impalpable manto del macrocosmos y sus emisiones de luz poblaban de destellos la negra proyección televisada. Nebulosas blancas, oscuras, enanas blancas, estrellas gigantes rojas, cefeidas, estrellas múltiples, cúmulos globulares, estrellas satélites, algólidas... Desde la cabina de mando eran visibles -ilusamente al alcance de la mano- las constelaciones antiquísimas, aquellas que descubrió el hombre en los albores de la Primera Era Astronómica. La gran nebulosa filamentosa del Cisne, el cúmulo globular de Hércules, las constelaciones del Can Mayor, Centauro, Auriga, Boyero, Piscis... ¡Tantos y tantos puntitos de luz que correspondían a soles tan grandes como el que alumbraba el Universo que encerraba a los Nuevos Planetas y la abrumadora extensión galáctica!

Su contemplación aturdía, por la inconcebible magnitud, y hacía que los microscópicos gusanos del espacio que eran ellos, sintiesen la profunda vergüenza de su pequeñez. Sin embargo, eran los conquistadores y pertenecían a la raza de seres que descubrían, colonizaban y habían explotado mundos tan remotos y ocultos como Fymo, el que ahora iban a buscar a bordo de la espacionave del D.E.I.

Sandro había prometido una explicación a sus hombres, cuyo interés por conocer algo de Fymo les hizo creer cuantas murmuraciones surgieron al calor de los preparativos. Era un deber informarles... aunque lo haría someramente, pasando por alto los enigmas insolubles hasta el momento que tanto preocupaban a Gingo y a los hombres de ciencia. Animado por este propósito, el joven capitán se separó del televisor y dio orden de que los tripulantes se reuniesen en la cámara central. Allí, sintiéndose el blanco de todas las miradas, Sandro les habló durante más de una hora. Al finalizar la conferencia, la gente parecía más animada y dispuesta, corno siempre, a confiar en su buen criterio.

-Veo que, después de todo, no nos hallamos tan a oscuras respecto a ese asteroide como creía -le dijo Edwards, el geólogo, cuando la reunión se disolvió y cada cual regresó a sus puestos-. Pareces conocer bastantes cosas de este asunto desagradable, Sandro.

-Pero aún desconocemos las más importantes -replicó el capitán-. La desaparición de Foran Ymo y los dos soldados del equipo de salvamento permanece en el misterio.

-Quizá lo averiguaremos al poco tiempo de desembarcar en Fymo. Nos pondremos a trabajar con ahínco enseguida. Confieso que ese extraño mundo me obsesiona. El Reino de los Guijarros oculta muchos secretos que nosotros apenas nos hemos preocupado de esclarecer. Creo que nos han tentado más las grandes conquistas que el estudio meticuloso de los planetas y mundos conquistados. La Tierra quiere ensanchar sus dominios hasta el infinito; pero antes debe asegurarse de que esos dominios le pertenecen por completo.

-Lo que encuentro ciertamente alarmante -añadió Clifford, el astrobiólogo, que les escuchó en silencio hasta entonces- es la situación de Fymo en el espacio. ¡Rayos cósmicos! ¿Por qué no lo descubrimos hace años? ¡Que me congelen si lo entiendo!

-Sí... -admitió Sandro-. Tengo formada una teoría sobre ello... bastante aventurada, desde luego.

-No dijiste ni una palabra en la conferencia -terció Donald, sin abandonar su actitud meditabunda.

-Sólo hubiese servido para intranquilizar a los hombres. Es mejor que lo ignoren.

-¿Representa algún peligro? -apuntó Edwards.

-Temo que sí.

-Bueno, Sandro. ¿A qué esperas para soltar el buche? ¡Epidemias de Júpiter! ¡Habla de una vez!

-Convendría que lo hicieses -apoyó Donald-. Estoy de acuerdo con Clifford en este sentido.

-De acuerdo -aceptó Sandro-. Os contaré todo lo que sé. El coronel Morrow y el profesor Gingo me prohibieron hablar de ello, aunque espero que la prohibición no perdure a estas alturas. Nos es imposible retroceder y respecto a vosotros, mis fieles colaboradores, creo que os servirá de mucho conocerlo. Vayamos a mi camarote. No conviene que trascienda a los demás.

Edwards asintió en silencio y Donald, animando la ausente expresión de su rostro, le imitó.

-Andando -dijo Clifford abriendo la marcha-. ¡Por todas las tortugas transparentes de Tritón! ¡Has conseguido interesarme, viejo zorro!

* * *

La navegación espacial no ofreció grandes incidencias durante el tiempo que invirtieron en ella. Sandro se sentía reconfortado habiendo hecho partícipes de sus temores a Edwards, Clifford y Donald, quienes, en definitiva, contaban con una base más estable sobre la que fundar sus venideros descubrimientos. Con frecuencia discutieron en su camarote privado las medidas necesarias que debían ser adoptadas para asegurar la permanencia en Fymo.

Los puntos expuestos ante Morrow y Gingo fueron estudiados parsimoniosamente por sus camaradas, llegando a conclusiones similares a las del propio Sandro. Especialmente los conceptos de *día* y *noche* les hicieron meditar con intensidad. De este modo llegaron a la resolución final de que la toma de tierra en Fymo se realizaría a plena luz solar, no estableciéndose definitivamente en el asteroide hasta que Lawrence, el ingeniero, hubiese construido los albergues adecuados para acoger al grupo expedicionario con garantías de seguridad.

Al cumplirse las 624 horas de vuelo (es decir, los 26 días terrestres completos), la astronave entró en el campo cosmológico marciano. Sandro, siguiendo su norma, se encontraba en la cabina de mandos y fue el primero en descubrir la cercana presencia del atractivo Planeta Rojo. Conectó el televisor a la pila *Disperson* y logró incrementar la potencia telescópica a 50.000 aumentos, con lo que la configuración del planeta resultó considerablemente mejorada. Rita Ley, que había permanecido a su lado desde la transmisión que diariamente se enviaba a la Base Lunar para informar del avance en el espacio, no pudo contener una exclamación de contento.

-¡Es tan hermoso como dicen, capitán! ¡Y totalmente rojo!

Sandro asintió, esbozando una sonrisa.

¿Nunca había visto hasta ahora la imagen de Marte?

-¡Oh, sí, muchas veces! Pero siempre valiéndome de las placas televisoras que nos mostraban en las proyecciones de la Academia. Nunca volé más allá de la Luna, en lo que concierne a los astros alejados del Sol.

-Ahora tiene ocasión de contemplarlo a placer. Acérquese. Usted gozará más que yo ante la pantalla. Marte es un viejo conocido para mí y carece de interés.

-Gracias, capitán.

Sandro cedió su asiento a Rita Ley y permaneció de pie a su espalda. Como en el interior de la astronave el sistema de oxigenación gradual funcionaba sin descanso, ningún miembro de la tripulación hacía uso de los yelmos o las pastillas *oxigen*, un compuesto que convertía en respirable cualquier atmósfera nociva para el conjunto pulmonar humano y cuya duración era de dos horas y media terrestres. Tal circunstancia había dado a Sandro repetidas ocasiones de contemplar al hermoso intérprete del *Grupo Diamante* en toda su belleza física.

Los cobrizos cabellos dejaban escapar un perfume natural que turbaba y el contorno de su rostro, libre de la velada impedimenta del yelmo, ratificaba plenamente las afirmaciones que Morgenston hiciese al proponerle la apuesta. Convencido de que la muchacha agradecería cualquier explicación de su parte, dio vueltas a los manipuladores y la pantalla varió el ángulo de visión, captando los dos flotantes pedazos de roca que acompañaban perennes a Marte en su recorrido orbital.

-Deimos, su luna más alejada -explicó, señalando el escabroso satélite-. Aquel pedrusco de forma alargada es Phobos, el otro hermano, ligeramente mayor a Deimos. Aunque Phobos gira en el mismo sentido que Deimos, efectúa las revoluciones completas en menos tiempo del que tarda Marte en girar sobre su eje, lo cual ofrece un curioso fenómeno para los habitantes del mundo marciano.

-¿Cuál es? -inquirió Rita Ley dirigiéndole una dulce sonrisa.

-¿No lo imaginaba? Phobos ofrece la particularidad de que sale por el Oeste y se pone por el Este, es decir...

-¡Al revés que nuestro Sol! -exclamó ella.

-Justo. Y no sólo nuestro Sol, sino todas las estrellas del Sistema Solar.

-¡Qué interesante! Por favor, capitán, hábleme de Marte... si no le molesta. Reconozco que soy muy ignorante en cuestiones astrales.

-También yo lo soy en todo lo concerniente a idiomas. Creo que bien puedo perdonar su leve pecadillo. Hoy me toca hablar a mí... ¿Quién se atreve a negar que tal vez otro día deba tomar lecciones de usted para entenderme con las criaturas de Fymo?

-Se las daré muy gustosa, capitán Sandro. Y hasta debo añadir que... nada me encantaría más.

Sandro mantuvo su mirada un par de segundos. ¡Qué brillo más delicioso el de los grandes ojos de Rita Ley! Carraspeó, recobrando su perdida seriedad y ella, ladeando la cabeza, miró de nuevo la iluminada pantalla.

-Bien, soldado -empezó Sandro Warren-, puesto que usted lo quiere, hablaremos un poco de Marte. El Planeta Rojo es nuestro vecino más cercano en dirección opuesta al Sol, por lo que fue, desde antiguo, el más codiciado después de la Luna. ¡Ir a Marte! Todos los astronautas sentían el anhelo de llegar. Pero esto no ocurrió hasta que la fatídica velocidad de escape fue superada y comenzamos las correrías interplanetarias en los cohetes primarios[6]. No voy a meterme en honduras, porque lo que a usted le interesa fundamentalmente es lo que tiene ante los ojos. Bien. Pasemos a ello. ¿Ve esas llanuras rojizas y las verdosas líneas que se abren de manera rectilínea a sus lados?

Rita asintió.

-Las llanuras son algo peculiarísimo en la geología marciana y las líneas verdes corresponden a los llamados *canales*. Aunque es bastante más frío que la Tierra y su atmósfera es tan tenue como las capas altas de la nuestra, Marte tiene mayor similitud con nuestro mundo que ningún otro de los planetas conocidos. Vea esto -apuntó con el índice-: es el *Auroræ sinus* y aquí abajo, resaltando como una gota de leche contra el fondo oscuro de la superficie, tenemos el Lago del Sol o *Lucus Solis*, como se le llamó hace siglos, donde se halla instalada la principal colonia terrestre. El diámetro de Marte es poco mayor que la mitad del de la Tierra y su atmósfera, de unos cien kilómetros de profundidad, aparece transparente, poco densa y casi carente de nubes. Véala. No dificulta apenas la visión. El día marciano es media hora, siete minutos y veintitantos segundos más largo que el terrestre. La órbita del planeta resulta, también, más elíptica que la del mundo que nos vio nacer a nosotros y, como se mueve por el exterior de la Tierra, desde allí siempre lo vemos iluminado. ¿Le fatigo?

-¡Oh, no! Siga, capitán.

-Contemple los casquetes polares, tan parecidos a los de nuestros hemisferios Ártico y Antártico. Al principio se creyó que no estaban constituidos por hielo, sino por anhídrido carbónico sólido, incapaz de fundirse. Hielo seco se le llamaba porque pasa del estado sólido al gaseoso sin licuarse. Ahora sabemos que esto no es cierto y que existe el hielo común, aunque no en igual grosor que la Tierra, sino estratificado en capas de pocos centímetros.

-Resulta raro siendo un planeta tan frío.

-Recuerde que apenas tiene atmósfera. Las lluvias son prácticamente

desconocidas, porque no existe evaporación de agua. La arena y el polvo de sus desiertos es removida con frecuencia por terribles tormentas secas, lo cual, desde los observatorios alejados, crea la ilusión de nubes amarillas que flotan en su atmósfera. Los exámenes espectroscópicos insisten en la tenuidad del aire... y ésta ha sido siempre la gran dificultad para el régimen de vida orgánico. Marte es un mundo de casi nula vegetación. Mire el ecuador, donde la temperatura constante viene a ser de unos diez grados centígrados, tan hosco como una comarca tibetana. Las tardes y las noches son frías, desde luego, descendiendo por debajo de cero. Marte es un planeta sin relieves. No hay montañas, ni mares, sólo planicies rojas y polvorientas. Es el hermano menor de la Tierra... pero bastante inhóspito por cierto.

El planeta se había agrandado considerablemente en la pantalla, a pesar de que Sandro redujo 30.000 aumentos. La cegadora rapidez de la espacionave acortaba las distancias de modo notable, y unos quince minutos más tarde cruzaron como una saeta de plata a 100.000 kilómetros del *Syrtis major*, desde cuyo observatorio respondieron a sus señales de identificación y les desearon alegremente buena suerte. Sandro siguió hablando durante un rato, saciando así la curiosidad de Rita Ley que miraba con ojos interesados la perceptible disminución en la pantalla, señal evidente de que el Planeta Rojo iba quedando atrás en el espacio después de la maniobra de viraje.

-El espectáculo de viajar por las zonas interplanetarias no puede compararse a nada conocido -dijo con entusiasmo-. Me estremezco de emoción al solo pensamiento de que pronto entraremos en el territorio del Cinturón de Planetoides, capitán. ¡Es todo tan desconocido para mí!

-Siempre ocurre lo mismo en el primer viaje. Luego, cuando esté familiarizada con estas correrías, se acostumbrará y aprenderá a identificar los astros como si se tratase de viejos amigos. Para usted, que ofreció voluntariamente sus servicios en la Luna, debe constituir un verdadero triunfo la realización de sus sueños.

-Sí, capitán. No sabe cuánto he deseado vivir estos momentos. Creo que me ocurriría igual que a las pueblerinas de hace siglos, siempre empeñadas en abandonar su rincón en el campo para ir a buscar la fortuna en las ciudades. Yo he anhelado durante toda la vida traspasar las fronteras del espacio.

-Bien. Ya puede cantar victoria.

-Todavía no. Antes debemos llegar a Fymo y regresar a la Base con la noticia de que es un mundo nuevo apto para colonizar. Después, haré lo posible para lograr una plaza en las expediciones que salgan hacia lugares próximos a Júpiter y Saturno... ¡Llegaré hasta la misma frontera! O quizá más lejos. ¿Cree usted que tardaremos aún mucho tiempo en alcanzar los

territorios de Urano, Neptuno y Plutón?

-De un modo teórico ya han sido alcanzados. Desde Saturno es fácil completar los datos sobre los tres planetas más alejados del Sol y poseemos información precisa facilitada con la ayuda del espectroscopio atómico, la termocupla *Rexis*, la superfotografía en relieve y el lanzamiento de cohetes experimentales. Las particularidades de estos planetas y sus lunas no ofrecen secretos. La vida allí si, al fin, descubrimos la forma de habitarlos, ha de ser un infierno. Pero la distancia es, sobre todo, el obstáculo invencible que les separa de nosotros. Acaso cuando nuestras naves estén dotadas de motores potentísimos, cuya velocidad supere a la trisónica, alcancemos los confines del Universo... o podamos iniciar las pesquisas para averiguar lo que hay *más allá* de Plutón.

-Comprendo lo que quiere decir, capitán. Quizá eso sólo sea posible el día en que nuestras naves se trasladen a la velocidad de la luz.

-Lo veo bastante lejano. Es mucho lo que la ciencia ha conseguido en todos los aspectos, pero alcanzar la velocidad de la luz sobrepasa cualquier utopía. Desde el siglo XX los astrofísicos no han deseado otra cosa que ganar la batalla... sin éxito. Hay un montón de teorías, entre ellas la vieja formulada respecto a la relatividad, que lo impiden. En el mismo siglo XX se llegó a traspasar el muro sónico. Nuestros contemporáneos han llegado a triplicar el avance... mucho más, puesto que nuestra espacionave no viaja exactamente tres veces más aprisa que la velocidad del sonido, ya que ésta es sólo la fuerza ascensional de arranque, constantemente multiplicada en razón del aumento de masa. Si la llamamos *trisónica* es por una costumbre tan de rutina como la que nos mueve a llamar *mare* a las llanuras lunares y *canales* a los grandísimos desfiladeros marcianos. Sin embargo, la luz tarda años, siglos y milenios en llegar a. los planetas. Nosotros, humanos al fin, no podemos superar el fenómeno más sorprendente de los muchos que brotan en la Astronomía... al menos por ahora.

-¿Cuál es la dificultad?

Sandro sonrió a la muchacha con simpatía, igual que puede hacerlo un profesor ante su alumno más torpe.

-Perdone, capitán. Ya le he hecho perder bastante tiempo ¿verdad?

-La dificultad estriba en la masa de los cuerpos -explicó él, sonriente-. La masa aumenta al aumentar la velocidad. Y cuanto mayor es la velocidad, mayor es la masa. Por eso le indiqué antes que lo de *trisónico* es sólo una forma de designar la extraordinaria celeridad de nuestro navío espacial. Claro que nosotros llegamos a un punto en que es imposible incrementarla. Recuerde esto: a mayor velocidad, mayor masa... por lo que la dificultad de seguir impulsándola se multiplica. Un círculo vicioso: Por lo pronto no podemos pasar de ahí... que es lo que necesitaríamos para alcanzar la rapidez de la luz. Se ha experimentado con electrones y

partículas supermicroscópicas, cuya exigua masa inicial permite esbozar esperanzas. Estos experimentos dan resultados positivos. Pero los hombres nunca llegarán a Neptuno, Urano y Plutón... cabalgando en electrones. ¿Estamos de acuerdo?

Contagiada por el tono humorístico y la sonrisa de Sandro, ella acabó por sonreír también.

-No lo entiendo del todo, aunque debe existir la razón que impide el conseguirlo. Nosotros viajamos muy deprisa, pero llega un momento en que para aumentar la velocidad debíamos aumentar, también, la masa.

-Algo así. No se quiebre la cabeza. Los mayores sabios se han declarado impotentes.

-Es usted muy comprensivo, capitán. El coronel Morrow me advirtió que más que un jefe era usted un camarada para todos.

-El coronel Morrow tiene algo de adivino -contestó Sandro-. A buen seguro adivinó la que sucedería entre nosotros dos.

-¿Es que ha sucedido algo?.

-Sucederá -replicó el joven-. Nos veremos más tarde, soldado Ley. Siga observando la pantalla. Atravesamos una zona donde es posible que presencie el paso de meteoros errantes. Dada su inexperiencia estoy seguro de que llegará a impresionarle. Hasta luego.

-A sus órdenes, capitán.

La vida a bordo de la espacionave mantuvo su ritmo monótono durante las jornadas siguientes. El viaje proseguía en medio de un cielo sin matices ni reflejos, vacío en apariencia. No obstante, auxiliándose por las pantallas, Sandro y Rita Ley -que se había aficionado grandemente a la distracción-, pasaban muchas horas en la cabina de mandos, gozando con la presencia de agrupaciones estelares, planetoides solitarios y nebulosas de polvo o gases. La abundancia de estas nebulosas galácticas de tipo gaseoso fue lo que más radicalmente sentó la proximidad del Cinturón. Las había espirales, alargadas, anulares, casi esféricas...

El núcleo central se ofrecía generalmente muy iluminado, porque eran donde mayor número de estrellas se hallaba reunido, y los bordes laterales mostraban la típica oscuridad creada por nubes de gases que velaban el brillo de las constelaciones dispersas en los extremos. Millones de estrellas parpadeaban en torno a ellos. Y Clifford, que se dedicaba a observar el Universo para matar el ocio, tuvo la peregrina gloria de descubrir una nova al cruzar el radio orbital del planetoide Hermes[7].

Esto fue notificado a la Base Lunar en uno de los partes radiados y las felicitaciones llovieron sobre el *Grupo Diamante* pródigamente.

A las 960 horas de vuelo (40 días terrestres), la espacionave surcó los dominios del Reino de los Guijarros y entró en contacto televisado con las centrales establecidas en las Bases avanzadas del D.E.I. A partir de

entonces, la tarea se hizo abrumadora para Andy Nogler y su ayudante Strong, secundados voluntariamente por Barrie en los momentos libres. El irascible Clifford se adhirió también al trabajo de buen grado, cooperando con ellos ventajosamente gracias a sus vastos conocimientos en Matemáticas del Espacio. Las cartas de navegación, las reglas constantes y los complicados cuadros numéricos tenían que ser consultados a cada instante, porque la localización de Fymo parecía imposible. Doscientas cuarenta horas más tarde, navegando por el círculo donde se suponía su existencia, aún seguían sin descubrirlo.

-Cuando más vueltas le doy al asunto, tanto más difícil me parece que Foran Ymo acertase con ese pedazo de tierra perdido en el cielo -manifestó Clifford en una ocasión, mientras Sandro les veía comprobar los resultados que iba obteniendo un preciso *cerebro electrónico* del tipo matemático-. ¡Ondas radioactivas! ¿Cómo lo logró, si a nosotros acabará por volvernos locos?

-Casualmente. Si no tuvieses tan mala memoria recordarías mis palabras -sonrió el joven, que acogía siempre de buen grado sus vehementes enojos-. Como hubiese dicho mi tatarabuelo... por pura *chiripa*.

-Chiripa, ¿eh? ¡Balas de helio! ¡Préstame una de esas chiripas o no aterrizaremos jamás en Fymo!

-Hay que comprobar bien los cálculos, Clifford. Y no desesperarse.

-¿Estoy yo desesperado? -gritó el astrobiólogo mientras Andy Nogler, Damon Strong y Barrie afirmaban con rotundos cabezazos-. ¡Vamos, decidlo! ¿Alguien cree que estoy desesperado?

-Todos lo creemos -aseguró Sandro.

-¡Maldita sea la última estrella del Universo! ¿Es que ya no se puede confiar ni en los amigos?

-A los amigos es, precisamente, a quienes no debe engañarse. Estás desesperado, Clifford.

-Bueno -reconoció-. Me corroe la impaciencia, eso es todo. ¡Órbitas concéntricas! ¿No hay motivos para ello, Sandro? ¡Hasta el imbécil de Galloway dio con el camino para llegar al asteroide!

-Eso demuestra que las medidas son correctas. Lo conseguiremos.

-Está bien, está bien... No me hables con ese tonillo docto. Volveremos a empezar.

-Creo que debíais dejarlo... hasta mañana.

-No hay razón -opuso Damon Strong-. Insistiremos un par de ¡horas más. ¡Ha de estar delante de nuestra nariz! Una vez sepamos qué es lo que no encaja...

-Será inútil -dijo Sandro con firmeza-. ¿No opinas como yo, Clifford?

-No.

-.Vuelve a fallarte la memoria.

-¡Átomos en explosión! ¡Estás en lo cierto, Sandro! Ya recuerdo... Eso corrobora lo que hablamos al salir de la Base. Foran Ymo lo encontró por casualidad. Y si Galloway pudo aterrizar se debió a que... ¡era de día!

-Exacto. Ahora quizá esté funcionando ese algo que nos impide detectarlo. Hablando en metáfora... ¡Fymo no *existe*!

-¡Eh, un momento! -pidió Andy Nogler en el colmo del estupor-. ¿Qué diablos están diciendo? ¡Ese galimatías parece cosa de dementes!

-¿No es lo mismo buscar un astro de día que de noche? -inquirió Damon Strong, anticipándose a Barrie, quien, seguramente, se proponía hacer la misma pregunta.

-¡En el caso de Fymo, no -respondió vagamente Sandro.

-¿Por qué?

-Oiga, capitán... ¿Qué divagaciones son esas?

-¿Es que pretende gastarnos, una broma? ¡Ya estamos bastante mohínos con...!

-¡Alto! -interrumpió Sandro-. Tranquilícense, amigos. No digo tonterías ni siquiera intento bromear con sus apuros. Les hablo con entera franqueza. A ciencia cierta no puedo asegurar nada, pero se trata de una teoría surgida a raíz de ciertos acontecimientos anómalos y me parece bastante acertada en vista de sus actuales dificultades. Creo que el profesor Clifford opinará como yo. ¿No es así, muchacho?

-Por completo -asintió Clifford-. ¡Moléculas solares! ¡Has tenido una idea decisiva!

-Aclaremos un poco las cosas -rogó Damon Strong-. En otras palabras: Hay que buscar el asteroide *de día*. ¿Es esto lo que quieren darnos a entender?

-Sí.

-De acuerdo. Pero... ¿dónde está la noche y el día en esta inmensidad espacial? ¡No existen sombras, ni luz, ni cuerpos que reflejen los rayos del Sol!

-Junto a nosotros, no. Estamos demasiado alejados del planetoide más próximo. Es decir, sólo en apariencia... puesto que Fymo, según los cálculos que permitieron a Galloway localizar su emplazamiento, *debe* encontrarse forzosamente a nuestro lado.

-¡Pero no está! -recordó Andy Nogler.

-Sí está, Andy. Lo que sucede es que no le vemos. Y le diré por qué... ¡Precisamente porque nos hemos desviado de la dirección del Sol, y ahora nos hallamos ante su cara sumida en tinieblas! Imaginen que existe una barrera protectora que actúa sólo durante la noche. En estos momentos el Sol emite sus radiaciones... mas nuestra espacionave busca por delante de la mitad no iluminada por el Sol... ¡y la barrera está funcionando en Fymo!

-¡Sorprendente! -reconoció el piloto.

-¡Un mundo que sólo es accesible durante el día! -suspiró Barrie perplejo.

-No he dicho eso -rectificó Sandro-. Además, todo hace creer que Foran Ymo llegó a él de noche. Lo único que trato de hacerles comprender es que *sólo de día devuelve las ondas detectoras*.

-¿Y por qué no lo encontraron antes?

-Quizá por una razón bien sencilla -dijo Clifford, adelantándose a la voz de Sandro-. Si los ojos humanos, los televisores o cualquier otro medio visual no perciben su presencia, nadie habrá sentido la necesidad de emitir ondas. ¡Si es tan lógico, amigos! ¿Por qué ocurren los accidentes? ¡Porque las personas no se aperciben del peligro que corren, no lo *ven*! Esto puede explicar, a medias, la ignorancia en que Fymo nos tenía sumidos. Los astronautas que patrullan en la oscuridad, atravesando campos espaciales despoblados y por lo tanto faltos de luz, sí emiten ondas detectoras... ¡pero ya hemos convenido en que la barrera desvía tales ondas y es imposible apercibirse de su presencia!

-Algo complicado -rumió Strong, torciendo los labios en una mueca de duda.

-Todo lo desconocido es complicado, Strong. Cuando encontremos el quid de la cuestión nos parecerá sencillísimo.

-Conforme. Convengo en que ahora no hay forma de hallar el asteroide. ¿Cuál es el remedio que proponen? ¿Patrullar por los contornos hasta que amanezca?

-No. Eso sería perder el tiempo -dijo Sandro.

-Hay que variar de posición, volver a la línea imaginaria que nos une con el Sol. ¡Buscar su cara iluminada!

-¿Y cómo encontrarla... si es *invisible*?

-¡Por los cálculos! ¡Minerales vivos! Esos cálculos permitieron a Galloway llegar hasta Fymo. ¡El muy idiota ha debido callarse algo en el informe de navegación! Ante todo, hay que salir de aquí, describir un gran rodeo para colocarse delante de las ondas luminosas solares y seguir su dirección. Luego, aplicando nuevamente los cálculos, fijar la situación de Fymo... ¡y aterrizar allí; aunque no veamos nada y nos parezca que el lugar está vacío!

-No me convence la idea. ¿Y a usted, capitán?

-Siento llevarle la contraria, Andy, pero me adhiero a la solución de Clifford. Dejen las matemáticas por ahora. Salgamos de aquí y regresemos en busca del Sol. Podemos señalar el planetoide Antígona como punto de referencia y volar hacia la luz sin desviaciones.

-Cincuenta mil planetoides giran entre Marte y Júpiter... ¡y todos tienen cara iluminada! ¿Cuál de ellas corresponderá a Fymo?

-A su pregunta contestarán los cálculos del profesor Gingo ratificados por el informe del capitán Galloway. Además, tenemos una ventaja. Podemos ver cualquier cuerpo celeste al recibir la luz... *sólo* Fymo se mantendrá invisible.

-Sólo, ¿eh? ¡Y precisamente el que buscamos! Bien, capitán. ¡Allá usted con su confianza! Empiezo a temer que las cosas no salgan como, esperamos.

-Si Galloway llegó, llegaremos nosotros. Negarlo sería absurdo. Póngase inmediatamente en acción, Andy. Haga trabajar a los giróscopos y varíe el rumbo. ¡Volvamos a la recta ideal del Sol!

-A sus órdenes. Por mí no ha de quedar.

-Nos veremos más tarde. Acompáñame al camarote, Clifford. Quiero estudiar la situación fríamente.

-¡Osos bicéfalos! ¡Adelante, Sandro!

Durante el camino avisaron a Donald y Edwards, que acudieron al camarote con los ojos relucientes por la excitación que les producía tan súbita llamada. La conversación se prolongó bastante aunque, resumiendo, llegaron al acuerdo anteriormente adoptado por Sandro y el astrobiólogo.

* * *

Por espacio de unas veinte horas más, la astronave navegó por el inmenso Reino de los Guijarros hasta recobrar su perdida posición. Habían efectuado un enorme arco y, pese a que las mediaciones arrojaban las mismas cifras, entonces se encontraban en el plano opuesto respecto al Sol. Es decir, delante de él en vez de *eclipsados* por el asteroide como antes. Estaban, por lo tanto, ante su cara iluminada.

Sandro, que se había retirado a descansar, dejó orden de que le avisasen cuando los cálculos fuesen comprobados con toda exactitud. El propio Clifford se ocupó de ello y el joven abandonó el lecho, vistiéndose a toda prisa.

Una vez en la cabina de dirección exploraron el espacio que les circundaba enviando ondas protectoras en todos los sentidos. Aparentemente, nada se veía flotar en el espacio... exceptuando algunos cúmulos galácticos de poco tamaño y una nebulosa de gases oscuros algo mayor, situada a unos 100 kilómetros del punto de intersección de un ángulo recto cuya perpendicular llegase directamente del planetoide Antígona. ¡Aquella nebulosa coincidía *exactamente* con las medidas que Gingo facilitó a Galloway para encontrar Fymo!

-¡Ya lo tenemos! -gritó Clifford-. Esa nebulosa es nuestro asteroide, Sandro.

-Así parece -convino el joven-. ¿Cuál es el resultado de las ondas? -preguntó, dirigiéndose a Barrie.

El técnico radioelectrónico se hallaba observando la pantalla del *multirradar*, muy interesado por lo que revelaba el sondeo.

-En efecto -replicó-. Las ondas son devueltas y el automedidor acusa señales de *Ciclo Doce*. Evidentemente, eso no es una nebulosa oscura.

-Desde luego que no -sonrió Sandro-. Es sólo un medio de enmascaramiento. ¡El *camouflage* que oculta a Fymo!

-¡Por cien millones de estrellas rojas! ¡Ahora lo comprendo todo! -se excitó Clifford-. No hay tal problema de invisibilidad. La cortina nebulizada, de forma que se asemeje a los miles de nebulosas que pueblan este sector espacial, es lo que nos ha impedido descubrir el nuevo mundo. ¡Arañas de bronce! Ya tenemos resuelto uno de los misterios.

-Poco a poco, Clifford -advirtió Sandro-. Sabemos, por deducción, que los gases opacos enmascaran a Fymo durante su día. Muy bien. Eso descarta la hipótesis de que se trata de un astro invisible. Pero aún nos queda por averiguar lo que sucede durante la noche.

-Eso tal vez lo sabremos pronto. Cuando la cara de Fymo que tapa la nebulosa, y en virtud del movimiento de rotación, quede a oscuras, nosotros comenzaremos las investigaciones en su propio suelo. Desde luego, acepto de antemano el riesgo que vamos a correr. Las criaturas que pueblan este asteroide han de ser endiabladamente inteligentes. Gasificar el espacio con tal profusión que su atmósfera pase a convertirse en nebulosa, es tarea de titanes y escapa a nuestras fuerzas humanas. También la defensa cerrada que mantienen durante la noche habla elocuentemente de su capacidad inventora. ¡Lluvias de lava química! ¡Comparado con todo esto la desaparición de Foran Ymo y los dos soldados del equipo de salvamento resulta un juego de niños!

Las últimas palabras de Clifford, aunque pronunciadas con aire exclamativo, fueron dirigidas a Sandro casi en voz baja. Ninguno de los presentes comprendió su exacto significado, lo cual fue un alivio para el joven capitán.

-Lo que conocemos hasta el momento induce a creer que sus moradores, sean de especie conocida o desconocida, tienen marcado interés en evitar que su asteroide ingrese en el Sistema Solar -monologó Sandro Warren-. No se necesita ser un lince para comprenderlo. Y bien... ¿cuál es la razón? ¡He aquí otro punto fascinante!

-¡Todo es fascinante, amigo! Pero, por favor, no perdamos tiempo en circunloquios. Hay que aplicarse a la tarea que nos trajo aquí. Da orden de avanzar hacia la nebulosa y...

-Antes quiero cerciorarme por completo. La superinteligencia de ese pueblo ignoto me recuerda que debemos obrar con prudencia. Barrie, emita en cadena para lograr conexión con la Base Lunar. Les daremos un informe preventivo y ampliaremos más tarde, una vez traspasada la nebulosa. Andy,

aproxime la astronave al objetivo. Usted, Damon, vigile las reacciones del *multirradar*.

-¿Hasta qué distancia puedo aproximarme?

-Llegue al borde de la nebulosa, pero no se adentre... todavía. Quiero cotejar algunos extremos con el coronel Morrow. Nos detendremos en el límite para analizar los gases y sacar placas de su aspecto.

-¿Podemos dar la noticia a la tripulación? -quiso saber Barrie.

-Aún es pronto. Si no existe peligro alguno, lo sabrán dentro de un par de horas. Clifford, hazme el favor de avisar a Morgenston.

-¿Para qué?

-Dile que disponga las medidas necesarias para un tratamiento profiláctico colectivo. Todos los hombres han de hallarse inmunizados contra cualquier tipo de gérmenes y amenazas bacteriológicas desde el momento de abandonar la nave.

-¡Elipses rotas! ¿De qué valdrá una inmunización general si ignoramos las enfermedades que reinan en Fymo?

-Haz lo que te digo. Es importante.

-¿Presentimientos?

-Sí, Clifford. Apuesto a que Galloway no tomó una medida tan elemental.

-¿Y qué?

-Nada. Cúmplelo.

Andy Nogler tardó pocos minutos en conducir la espacionave hasta las cercanías de la nebulosa. La calma en el ambiente era absoluta, aunque se notaba -por los registros ultrasensibles- una corriente de atracción idéntica a la *Fuerza H* de algunos planetoides geológicamente magnéticos. Mediante el empleo de cohetes tangenciales y radiaciones polarizadoras, produjo una bandeja de gravedad artificial, lo que ayudó decisivamente a la estabilización del gigantesco navío celeste.

-*Grupo Diamante* a Base Lunar -decía Barrie sin interrupción-. Emisión en cadena... Base Lunar, responda. Aquí, ocho, cuatro, ocho, *Grupo Diamante* emitiendo en cadena... llamada urgente... Base Lunar, responda...

El doctor Morgenston entró impetuosamente en la cabina, acompañado de Rita Ley.

-¿Qué sucede, Sandro? Me ha dicho Clifford que...

-Sí -interrumpió el capitán-. Prepara a los hombres para desembarcar. Y al soldado Ley también. Medidas higiénicas rigurosas.

-Eso me hace suponer que al fin hemos llegado a Fymo. ¡Enhorabuena! ¿Me dejas echar una ojeada por los televisores? Quiero ver qué aspecto tiene el dichoso asteroide...

-Su aspecto es el de una nube de polvo opaco.

-¿Quéééé...? ¡No es un mundo sólido!

-Claro que sí, Morgenston. Pero está disimulado por una envoltura gaseosa artificial.

-¿Su atmósfera?

-He dicho artificial. No; no es su atmósfera. Ésta, de tenerla, debe ser tenue, como en la generalidad de los cuerpos que pueblan el Cinturón. Se trata de un gas más denso y dotado de color, seguramente producido por medios químicos.

-¡Sandro! ¿Cómo...?

-Vamos, doctor. Lárgate de aquí y cumple mis órdenes. Tengo la garganta seca de tanto dar explicaciones. Hablaremos después.

-Como quieras -rezongó Morgenston-. ¡Pero me debes todas las noticias! ¡Y has de pagarlas en la primera ocasión!

-Sí, sí, Morgenston... Luego, vendrán las aclaraciones que creas pertinentes. ¡Luego! -repitió acompañando la palabra con un ademán imperioso.

Morgenston abandonó la cabina con igual impetuosidad que al entrar, y Rita Ley, un tanto asombrada por lo que acababa de oír, permaneció inmóvil ante el capitán.

-¿Es cierto eso, señor? -balbuceó.

-Si se refiere a la capa gaseosa le diré que sí. Fymo debe encontrarse dentro de ella.

-¿No es visible?

-No.

-Entonces.., ¿Cómo se explica que el capitán Galloway omitiese hacerlo constar en el informe? ¿Lo leyó usted?

-Naturalmente. Y me pareció bastante ambiguo. Igual que redactado bajo los efectos de una pasajera enajenación mental. Debía encontrarse enfermo o muy fatigado. Así se lo indiqué al coronel Morrow. Justificó la parquedad de Galloway diciendo que los misteriosos sucesos ocurridos durante la exploración de salvamento debieron aterrarle.

-¿Misteriosos sucesos? ¿De qué se trata, capitán? Ignoraba que existiesen...

Sandro Warren la contempló en silencio unos instantes, mordiéndose pensativamente el labio inferior. Acababa de cometer un desliz, puesto que nadie, excepto Donald, Clifford y Edwards, conocía el relato completo de la aventura. El evidente resbalón, cuyas consecuencias podían ser funestas, le puso de evidente mal humor.

-No se inquiete por ello, soldado Ley. Vaya a reunirse con el doctor Morgenston. Usted también ha de someterse al tratamiento.

--Si no tiene inconveniente... preferiría seguir a su lado.

-Lo tengo.

-Quizá pueda resultarle útil.

-Aquí ocho, cuatro, ocho, el *Grupo Diamante* emitiendo en cadena... Base Lunar, responda -insistía Barrie con monotonía.

Sandro se apercibió de que Andy y Damon le observaban a hurtadillas, intrigados por sus misteriosas palabras. Ellos desconocían también los sucesos fundamentales que tanto preocupaban a Morrow y Gingo. Lo más indicado era zanjar la situación sin tardanza.

-Gracias, soldado. No me hace falta. Reúnase con el doctor.

-¿Es una orden, señor? Ya sabe usted que deseo ayudarle en todo lo posible...

-Es un orden -replicó Sandro volviéndole la espalda-. Para solventar el trabajo que nos ocupa no necesito la ayuda de una mujer. Retírese.

-¡A sus órdenes, capitán! -dijo Rita Ley con un leve temblor en la voz.

Escuchó sus pasos al alejarse por el pasillo y sintió un leve malestar por haberla tratado tan bruscamente. En realidad, la muchacha sólo pretendía granjearse la confianza del jefe demostrando su buena voluntad. Se arrepintió. Había estado demasiado duro. Aún con el ceño fruncido se puso en telecomunicación con el equipo químico, dándoles instrucciones respecto a la nebulosa. Pidió análisis, fotoinformes y muestras concretas del gas. Al cortar parecía más intranquilizado, Andy y Damon cruzaron una mirada de inteligencia y el primero, tras titubear, manifestó:

-Hay algo que usted conoce y nosotros ignoramos, ¿verdad, capitán?

-Siga atento a los mandos, Andy -contestó Sandro.

-No he pretendido ofenderle...

-¡Y basta de charla! Hemos venido aquí para cumplir una misión, no a discutirla. Ocúpese de su trabajo. Ya verán con sus propios ojos lo que tenga que suceder. Se acabaron las polémicas en torno a Fymo. ¿Entendido?

Damon se encogió de hombros y Andy Nogler, enrojeciendo, asintió con la cabeza. Barrie hizo señas para que el capitán se acercase al complicado emisor-receptor y conectó el amplificador. Un chispazo puso en comunicación los electrodos de sonido. Luego, atenuada por la enorme distancia, todos los presentes escucharon la respuesta que llegaba desde la Luna.

-Aquí, Base Lunar... Capto bien su mensaje... Atención, Base Lunar responde a ocho, cuatro, ocho, *Grupo Diamante*... Paso a la escucha. Informen.

-Que enlace la conexión con el despacho del coronel Morrow -ordenó Sandro-. Déjeme línea por el segundo microparlante.

Barrie afirmó y cumplió las indicaciones con su característica presteza. Medio minuto más tarde, Sandro escuchó la desfigurada voz del coronel Morrow, cuyo eco llegaba empujado por los cientos de emisoras que formaban la *cadena* del espacio. Tras cruzar los saludos de rigor y la clave

privada de identificación, el joven entró en materia, relatando cuanto llevaban descubierto hasta la fecha. Morrow puso en funcionamiento el fonorregistro para dejar grabada en cinta plástica la conversación.

-Estudiaremos su informe dentro de un rato, Sandro. ¿Desea añadir algo más?

-.Sí, señor. Quiero saber por qué Galloway calló lo de la nebulosa. O en su defecto, qué otra particularidad descubrió en Fymo antes de aterrizar. No cita nada de ello en su diario, limitándose a indicar *que tomó tierra sin novedad*. Bien podría ser que apareciese a sus ojos enmascarado de otra manera. El saberlo me ayudaría bastante,

-¡Es cierto. Precisamente hace dos *tenoches*[8] que repasamos con todo cuidado sus notas. Sigue tan ambiguo como en un principio. Pero eso no es lo más lamentable, Sandro. Lo peor... es que no disponemos de otra fuente de información, aparte de la suya propia.

-Es necesario cotejar mis impresiones con las de Galloway. Olvidémonos de su reseña oficial. Hágale comparecer y le interrogaré detalladamente.

-¡Lo siento, muchacho. Eso es imposible.

-Aguardaré lo necesario, coronel. ¡Necesito saber algo sobre la nebulosa antes de decidirme a atravesarla! Por favor, señor, perdone mi insistencia, pero...

-Escuche, Sandro. Escuche con atención. No quería decírselo para no desanimarle... ¡El capitán Galloway falleció hace pocas horas!

-¡Coronel! -exclamó Sandro, atónito-. ¿Ha muerto Galloway?

-Por desgracia, sí. Desde que ustedes salieron de la Base quedó sumido en una especie de colapso. No pudimos reanimarle con nada conocido. Después de su muerte los cirujanos practicaron la autopsia. Tenía un parásito de especie desconocida alojado en el cerebro. Ésta es, hablando en términos médicos, la causa que le ha llevado a la tumba... cerrando sus labios para siempre. ¿Me escucha, Sandro?

-Sí, sí... le escucho, coronel. ¡Pero no doy crédito a lo que oigo! ¿Han revisado a los otros miembros de la expedición?

-Por supuesto. Están sanos.

-¿Les sometieron a una trepanación artificial?

-También. No hay nada de maligno en sus mentes. Sólo Galloway tuvo la mala fortuna de contraer la enfermedad producida por el parásito. ¡Tenga mucho cuidado! Los especialistas opinan que ese microbio debe flotar en la atmósfera de Fymo!

-O tal vez... ¡en su nebulosa! ¿Comprende lo que le quiero decir, coronel Morrow?

-Totalmente. Extreme las precauciones. Sé que mi recomendación no hace falta, porque le conozco bien. Vigile en todo momento a su personal.

Advierta a Morgenston que actúe con dureza al menor signo de enfermedad. La muerte de Galloway puede ser un caso aislado, aunque las consecuencias se harían terribles si otro parásito perteneciese al tipo epidémico. ¡Aniquilaría su grupo en poco tiempo!

-Yo he ordenado al doctor que inicie un tratamiento profiláctico.

-Lo suponía. Bien, Sandro, muy bien. Lamento las malas nuevas. Ahora tendrá que valerse de su propia experiencia. ¿Sigue firme su ánimo?

-Sigue firme -murmuró Sandro-. Vamos a traspasar la nebulosa, coronel. Volveré a conectar con la Base lo más pronto que pueda.

-¡Mucha suerte!

-Gracias, señor. Cierro la emisión. Ocho, cuatro, ocho, *Grupo Diamante*, se despide de la Base Lunar.

El capitán desconectó, pero siguió durante unos minutos en igual actitud, meditando profundamente. ¡Galloway muerto! Un inevitable escalofrío le recorrió la espina dorsal... porque sus más descabelladas suposiciones se iban realizando con una exactitud terrorífica. Aquella nebulosa podía ser, como ya creyó en un principio, producto químico... y nocivo. Acaso se salvarían de sus efectos perniciosos en virtud de los cierres herméticos que impedían todo contacto con el exterior. Sin embargo, Galloway había atrapado la maligna enfermedad. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Suspiró acongojado. ¿Sería ésta la causa de que sus informes presentasen la irregular redacción? ¿Actuaría el parásito sobre los centros cerebrales de forma que originase perturbaciones amnésicas? Preguntas, preguntas... ¡y más preguntas!

Instado por la impaciencia, llamó al equipo químico. La respuesta le satisfizo bastante.

-El análisis no arroja resultados venenosos -aclaró el técnico-. Abunda el hidrógeno, neón y una nebulación colorante, insoluble en el aire. Ausencia de helio y demás gases ligeros. Parece perfectamente lograda la mezcla de elementos. No, capitán, esa nebulosa no es perjudicial... mientras llevemos todos los yelmos calados. En el laboratorio de revelado están terminando el fotoinforme. Se lo llevaré personalmente nada más quede terminado.

-Gracias. No corre prisa. Lo esencial era saber si peligraba nuestra vida.

Cerró y se puso en pie de un salto, sacudiendo la enfebrecida cabeza. Andy, Damon y Barrie, mudos por el asombro, le miraban. Había terror en sus ojos.

-Es horrible lo que ha dicho el coronel... -musitó Damon Strong-. ¡El capitán Galloway muerto!

-Ustedes no han oído nada -advirtió Sandro con dureza-. ¡Nada! ¿Comprendido?

-A pesar de que lo callemos a los demás... seguirá siendo horrible, capitán.

-Involuntariamente son partícipes de la revelación y deben guardar el secreto. Se tomarán las medidas necesarias. El doctor Morgenston queda encargado de ello. Es la persona más capaz del D.E.I. en asuntos médicos. Tengan ustedes confianza.

Atajando sus inminentes excusas con gesto autoritario, Sandro se aproximó de nuevo al telecomunicador interior y oprimió el botón correspondiente al circuito de la enfermería. La pantalla emitió un destello y quedó iluminada. Poco después, el macizo rostro de Morgenston apareció en ella.

-Hola, Sandro -saludó.

-¿Cómo va la tarea?

-Bien. Tengo inmunizada a las tres cuartas partes de la tripulación. Les he inyectado lo que considero más adecuado dados mis conocimientos sobre atmósferas letales -se alzó de hombros-. ¡Aunque maldita la gracia que me hace prevenir enfermedades inexistentes!

-Continúa trabajando. En el tratamiento quedas incluido tú también.

-Oye... ¿pasa algo? Deja ese aire fantasmal y háblame sinceramente. Creo que somos amigos, ¿no?

-Lo somos. Cuando vengas a mi camarote, te explicaré un par de cosas.

-¿No hay tiempo ahora?

-Quiero hablarte en privado.

-Anticípame algo.

-Microbios. En la próxima emisión con la Base te pondrás al habla con los especialistas. Te dirán cuanto sepan sobre una nueva especie.

-Está bien... ¡Oh, Sandro! A propósito... ¿Has tenido algún choque con Rita Ley?

-¿A qué viene esa pregunta?

-La muchacha se presentó en la enfermería pálida y con los ojos llorosos. No quiso explicarme nada. Si estás nervioso, te daré un calmante. Una mujer no es el objeto más indicado para desahogar el mal humor.

-Tonterías. Le dije que saliese de la cabina. Eso es todo.

-Parece que lo tomó muy a pecho. Es una buena persona y no me gusta que la traten a puntapiés. Aunque la veas husmear por los rincones, lo único que trata es de acumular experiencia para serle útil.

-¿Quién manda aquí, Morgenston?

-El miedo. Estoy empezando a verlo claro.

-No estoy asustado.

-Pues lo parece. Si tú pierdes la calma, esta expedición será un estallido. Tienes la disculpa de que pesa una gran responsabilidad sobre ti y todos te acosamos a preguntas. Por eso no voy a darte unos azotes, capitán

del diablo. Tengo mucho que hacer y si no deseas más...

-Hasta luego. Corto.

Sandro suspiró ruidosamente. No deseó pensar en Rita Ley y, sin embargo, le costó un verdadero esfuerzo apartarla de la imaginación. Sobreponiéndose, gruñó a Andy:

-Le avisaré dentro de una hora. Cuando reciba la señal, dispare los cohetes de aceleración y cruce la nebulosa. Aterrizaremos verticalmente. ¿De acuerdo?

Andy Nogler asintió. Pero cuando Sandro salió de la cabina, miró a Damon Strong con rostro sombrío.

-¿Oíste lo que dijo el doctor? Miedo. Creo que ha dado en el clavo, porque el capitán Sandro nunca me hizo callar con la hosquedad de antes.

-Está nervioso -justificó Damon-. Pero es un hombre valiente a carta cabal. Me siento tranquilo bajo su mando.

-¿Y quién no está nervioso? -terció Barrie dejando caer los brazos en actitud de desconsuelo-. ¡Este cochino asteroide nos hará perder la razón a todos!

Una hora después, con la tripulación en peso inmunizada -desde el capitán al último estibador-, la espacionave desarrolló el impulso de su formidable energía y franqueó la nube de gases. Al aclararse éstos, sintiendo un incomprensible anhelo, Sandro Warren conectó los televisores exteriores y la escabrosa redondez de Fymo quedó enmarcada en la pantalla. La tierra subía locamente a su encuentro, perfilando valles, llanuras, picachos retorcidos y verdosas sombras de extraña vegetación. El casquete polar visible resplandecía cegadoramente. Por ningún sitio hallaron la menor señal de vida animada. Y, no obstante, existía, ¡Sandro Warren hubiese apostado el corazón por ello!

CAPÍTULO V
TIERRA INEXPLORADA

La espacionave se posó verticalmente en una de las muchas colinas amesetadas que daban fisonomía propia al asteroide. Siguiendo las instrucciones de Sandro, el piloto había sobrevolado toda la cara iluminada del astro, permitiendo que los científicos examinasen sus formaciones orográficas y particularidades vegetales.

El polo ofrecía un aspecto afín a todos los planetoides del Cinturón, aunque la capa helada parecía ser de gran espesor y los contingentes de hielo ocupaban la extensión marcando una zona bien definida, carente de mares, lagos o ríos, lo cual era un signo evidente de la bajísima temperatura reinante, capaz por sí sola (ya que no observaban corrientes de origen cálido) de impedir el deshielo. Las zonas templadas mostraban vegetación exigua, casi esteparia. El ecuador, en cuyas cercanías tomaron tierra los expedicionarios, contaba con exuberante flora y los sectores invadidos por las plantas y árboles poseían un aspecto semejante al del período carbonífero terrestre, con bosques casi infranqueables y espesas marañas de altísimos troncos formando denso techo a causa del entrecruzamiento de copas.

-Larguen las escalas de descenso -ordenó Sandro-. Toda la tripulación dispuesta para el desembarco. Revisen sus equipos de respiración y armamento.

Las compuertas herméticas se abrieron en silencio y los microscópicos insectos -puesto que no otra cosa parecían los hombres-, empezaron a descender por los costados de la gigantesca nave. Los aparatos barométricos registraron una temperatura ambiente de 20 grados centígrados, reducidísima en comparación con el típico calor ecuatorial en los planetas mayores. Esto podía explicarse fácilmente teniendo en cuenta la limpidez atmosférica.

El calor del Sol no era retenido por los gases y en consecuencia la masa terrestre se desprendía pronto de él. Las noches, aún en el ecuador, debían ser rigurosamente frías. La nebulosa opaca que rodeaba a Fymo se veía desde allí igual que un apelotonamiento de nubes ligeramente amoratadas, aunque su composición no impedía el libre paso de los rayos del Sol y sólo creaba falsas sombras en la superficie. Sandro deseaba comprobar el aspecto del cielo durante la noche, a pesar de que no esperaba recibir ninguna sorpresa. Durante sus muchos viajes interplanetarios había hecho escala en los planetoides ocupados oficialmente por el D.E.I. y el firmamento, por la falsa atmósfera, se ofrecía negro, intensamente negro, y éste era siempre su color en los sidéreos espacios despoblados.

Las estrellas, brillaban con luz fija, sin titileos. Sandro sabía que en el

Reino de los Guijarros la salida y puesta del Sol, tan acusadas en la Tierra y otros planetas, no afectaba para nada el fulgor de las estrellas y el color de la bóveda celeste. Júpiter era el objeto más brillante en el mundo de los planetoides, hermosamente iluminado y destacando en compañía de sus doce lunas, de las cuales las cuatro mayores resplandecían como bolas de plata[9].

Como él fue el primero en abandonar la nave e iniciar el descenso, experimentó bien pronto las ventajas de la reducida fuerza de gravedad que imperaba en Fymo. El peso humano alcanzaba en los planetoides proporciones increíbles y casi siempre los objetos diversos debían ir lastrados con pisos de *vigeplom*, el metal cuya densidad es veinte veces mayor que el plomo, para evitar que danzasen en el espacio. Al llegar a unos cinco metros sobre el nivel del suelo, Sandro soltó la barandilla de la escala y se dejó caer. Perezosamente, con una lentitud fantástica, empezó a bajar flotando en el espacio, y posó los pies en tierra sin sufrir sacudidas. Clifford, que le seguía, hizo lo propio y no tardó en reunirse con él.

-¡Por Galileo! -exclamó-. ¡No creo que pesemos más de cinco o seis kilogramos! ¿Te gustó el vuelo sin motor, Sandro?

-Sí. Aunque me daría por satisfecho sabiendo que peso esa *enormidad*. No creo que lleguemos a tanto. Poneos a trabajar enseguida. Es necesario reunir el mayor número de datos posible antes de la noche para seguir informando al coronel Morrow. -elevó el volumen del amplificador instalado en el yelmo y gritó-: ¡Lawrence!

-.¡A sus órdenes, señor! -respondió el ingeniero.

-Vayan descargando las piezas ajustables y monten el campamento en aquel extremo de la meseta. No se preocupe por el acarreo. Lance los materiales desde la nave y disponga algunos hombres para que los reúnan en un mismo sitio. Fymo carece de gravedad. Apresúrense, por favor. Hemos de quedar establecidos antes de que oscurezca... y no tenemos prevista aún la posible duración del día en este mundo.

Activados por las voces de Sandro, cada cual se dedicó sin dilación a cumplir su cometido. El *Grupo Diamante* estaba integrado por personal experto, muy veterano, y todos conocían perfectamente su obligación y la clase de trabajo a realizar. De este modo, sin entretenerse más que lo estrictamente necesario para organizar los pelotones, se abrieron varios turnos para que los hombres atendiesen a su nutrición mediante un reparto de proteínas y aminoácidos congelados, encargándose, después, de dar cima a la abrumadora tarea.

Aunque era demasiado pronto para iniciar exploraciones al interior, puesto que la instalación del campamento gozaba de prioridad sobre las demás cosas, Clifford, Donald, Edwards y Morgenston (que fue informado por Sandro de la existencia del extraño parásito que causó la muerte a

Galloway) se alejaron de la espacionave en unión de sus más allegados colaboradores, al objeto de llevar a cabo una ligera inspección en orden a sus diversas especialidades. El sargento Whitman y un piquete bien armado, fueron con ellos en calidad de escolta. Charlie Falk, asesorado por Sandro Warren comenzó a estudiar la distribución de los puestos militares para la defensa. Se clavó la tricolor bandera del D.E.I. en lo alto de un promontorio rocoso y el propio Sandro efectuó la ceremonia de izarla, cumpliendo el ritual de la toma de posesión.

Unas diez horas más tarde, con buena luz solar todavía en Fymo, las averiguaciones habían llegado bastante lejos, teniendo en cuenta que la exploración sólo alcanzó a cubrir un radio de 20 kilómetros a la redonda. Antes de disponer el informe oficial para la Base en la Luna, Sandro convocó a sus subordinados en el despacho que Lawrence instaló para él en el primer edificio construido. Las casas, que iban brotando del suelo con la rapidez de hongos, eran de confección metálica, erigidas con plancha de *Molek*, una aleación aislante de gran resistencia e inalterable a la acción de los ácidos. Las instalaciones de oxigenación empezaron a funcionar y los hombres pudieron librarse de sus equipos de respiración.

Afortunadamente (pese a que la atmósfera de Fymo no era nada rica en oxígeno) el peligro de muerte por asfixia quedó bien pronto relegado. Edwards solucionó esta cuestión para todo el tiempo que permaneciesen en el asteroide, de tal suerte que solo aquellos que tuviesen que abandonar el campamento se viesen necesitados a hacer uso de los yelmos o las pastillas *oxigen*. Además, sin gastar para nada los bloques concentrados que llevaron consigo al partir de la Luna. La cuestión, en realidad, no ofrecía grandes dificultades.

Como todos sabían, en la mayoría de los asteroides existía agua helada en sus profundidades. Este fenómeno formaba parte de su primitiva constitución y las capas terrestres mantenían el líquido (transformado en sólido, claro) como si estuviese dentro de los compartimentos de un refrigerador natural. Los profundos depósitos mantuvieron el agua congelada durante los milenios y las rocas que formaban las paredes de los hondísimos depósitos impedían que acabasen sublimándose. Por esta razón, el agua -que es óxido de hidrógeno- les proporcionaría oxígeno abundante para atender a la respiración de la colonia. Una corriente eléctrica bastaba para liberarlo y esto era, genéricamente, lo que Edwards y su equipo hicieron nada más concluir el primer pozo de sonda.

Una vez reunidos en el despacho, Sandro indicó que cada cual enumerase sus progresos. Todos lo hicieron de forma somera, con grandes reservas, puesto que no habían podido redondear ampliamente sus descubrimientos y existían lagunas en las explicaciones. Sin embargo, en términos generales, la información de que se disponía avalaba

sobradamente la capacidad investigadora de los científicos del *Grupo Diamante*. Morgenston fue el primero en hablar.

-No hay gérmenes nocivos en el ambiente -señaló-. Creo que de momento estamos a salvo en este sentido. Todos los análisis demuestran que Fymo es semejante al ochenta por ciento de los astros menores y planetoides que forman el Cinturón. La diferencia del veinte por cien radica en su particular formación atmosférica y las variantes climatológicas. De todas formas, la temperatura es baja y hace suponer que todavía descienda más durante la noche. Los entes microbianos no pueden desarrollarse de modo alarmante. Seguiré trabajando en ello, Sandro. Sólo puedo anticipar que esta zona es saludable y que no pesa sobre nosotros amenaza alguna.

-Gracias, Morgenston.

-Este planetoide es extremadamente pequeño -empezó Clifford-. Calculo que tendrá unos veinticinco kilómetros de diámetro, pero su densidad resulta notable en relación con el tamaño. Aunque en el Cinturón existen miles y miles todavía más pequeños que Fymo, en todos los conocidos con que puede compararse su diámetro rige la fuerza de gravedad menos intensamente. Allí no podríamos mantener nada sobre el suelo... y hasta nosotros flotaríamos al menor movimiento. Ya es sabido que, aparte de los cuatro mayores[10], hay una infinidad que no llega a alcanzar los mil metros de diámetro y, por tanto, en ellos se desconoce la fuerza de gravedad. Son simples rocas muertas. La atmósfera no existe, así como los líquidos, puesto que su masa reducida y la carencia de gravedad hacen imposible la retención.

Todos asintieron aprobadoramente y Clifford, serio, añadió:

-He establecido datos comparativos con relación a los planetoides de veinticinco kilómetros de diámetro. Fymo difiere bastante. Es más denso, posee agua dentro y fuera de la superficie y las capas atmosféricas, aunque delgadas, muestran al análisis oxígeno (en cantidad proporcionalmente ínfima), hidrógeno, amoníaco, silicio, flúor, etc... Desde la meseta hemos descubierto algunos lagos, poco mayores que charcas, pero cuyas aguas podrían potabilizarse una vez purificadas. Sólo en los polos se nota la ausencia de líquidos. Debe reinar un frío muy superior al glacial. Espero que pronto podamos explorarlos a conciencia. En el aspecto biológico... nada aún. No vimos huellas que delatasen vida animal. Creo que eso es todo, Sandro.

-¿Pudiste averiguar algo respecto a la duración del día?

-No mucho. ¡Masas dispersas! -se excitó-. ¡Esa nebulosa artificial me pone nervioso e impide que explore el cielo! No obstante, supongo que el tiempo no será inferior a treinta horas terrestres ni superior a cincuenta. Podré ofrecerte datos exactos a la noche.

-Bien. Has trabajado bastante después de todo.

-¿Tienes algo que decirnos, Donald?

El austero botánico asintió.

-La naturaleza ofrece contrastes muy acusados. Aquí, por tratarse del ecuador, es donde la flora abunda más que en cualquier otro lugar de Fymo. Pero existen los contrastes -repitió-. Hemos visto llanuras polvorientas, de tierra dura, cubiertas de cactos amarillos, masas liquenícolas y plantas retráctiles. También contemplamos los inmensos bosques que tanto nos llamaron la atención al llegar. Representan inmensas florestas de árboles cuyo desarrollo alcanza un índice abrumador. Se dan en ellas todas las variedades botánicas conocidas y en las charcas que antes aludió Clifford viven gran diversidad de protofitos cuyos medios de traslación están representados por flagelos. Las selvas son del tipo característico que Edwards señaló primeramente: idénticas a las del Período Carbonífero terrestre. No obstante, he localizado especies arbóreas posteriores, como la de la Era Cenozoica, para ser más explícito.

Calló. Todos esperaron alguna aclaración. Pero Donald debía haber agotado su verborrea.

-Seguiré investigando y te mantendré al tanto de las novedades.

-¿No ibas a añadir algo más?

-Creo que no es necesario, porque carece de sentido.

-Me gustaría conocerlo.

-Yo sólo hablo cuando estoy seguro de lo que digo, Sandro. Más adelante, si hay variaciones, las expondré.

-Como quieras. Bien, Edwards. Dinos lo que has sacado en claro.

-Es paradójico el estudio de la tierra que pisamos -se lamentó-. Todo está dispuesto sin orden ni concierto, entremezclándose, a propósito para confundir a cualquiera... -el geólogo suspiró-. Sí; admito que los bosques gigantescos corresponden a una Era como la Paleozoica superior, de cuyos dos períodos (Carbonífero y Devoniano) tienen grandes raíces. Selvas carboníferas, plantas primarias, manifestaciones orgánicas en su fase inicial... Eso concuerda. Pero, aparte, hallé también Amonitas, plantas de espléndida floración y todas las variedades que cita Donald.

-Sigue.

-Esto es lo anormal. Algunos terrenos están enterrados bajo capas más jóvenes. Otros, no. Se mezclan entre sí. Dejando a un lado la parte botánica y volviendo al terreno geológico, que es donde yo he profundizado, no dejo de sentir un atisbo de desconcierto. Los árboles gigantescos ocupan extensiones de tipo carbonífero. Hay, además, infinidad de zonas cuya constitución pétrea demuestra su formación Cretácea, Jurásica, Triásica, y Pérmica... que corresponde ya a la Era Mesozoica o Secundaria. Hicimos excavaciones en otros lugares, consiguiendo muestras de los períodos Plioceno y Oligoceno...

-¡Demonio! -gruñó Sandro-. Eso pertenece a la Era Terciaria, ¿no?

-.Sí, amigo. E incluso hallamos rocas a flor de tierra, cuya clasificación geológica corresponde al Pleistoceno.

-¡En la Cuaternaria! -aclaró Donald sombríamente.

-Aún queda por añadir algo -siguió Edwards-. Si establecemos un punto imaginario de paralelismo entre las Eras geológicas terrestres y los descubrimientos en el suelo de Fymo, cuesta muy poco llegar a una conclusión. El Pleistoceno de la Cuaternaria marca el principio de las manifestaciones humanas. Dicho de otra forma: ¡Este período señala, en la Tierra, la aparición del Hombre Prehistórico!

Hubo un silencio. Luego, un corto suspirar emocionado.

-¿Crees que serán hombres los habitantes de Fymo?

-No importa la clase de criaturas que nazcan, se desarrollen y mueran en este asteroide. Lo cierto es que la vida es posible en Fymo y del mismo modo que en el Pleistoceno aparecieron los Neanderthales de la Edad de Piedra, aquí pueden surgir especies vivas que correspondan a seres de inteligencia superior... sin que obligatoriamente deba subsistir en ellos la forma humana. Fymo no es un mundo reciente, Sandro. Como nuestra Tierra, su corteza presenta las señales de la vejez, y las diversas capas analizadas abarcan ciclos que comprenden muchísimos años. Quizá no sea una cifra de millones. Fymo es una partícula insignificante comparada con la Tierra y, por lo tanto, todas sus fases evolutivas se habrán realizado en un tiempo que a nosotros nos parecerá *record*. Mi experiencia me aconseja aventurar una hipótesis razonable.

-Oigámosla.

-No creo que haya estado durante un milenio en este lugar del espacio. Más me inclino a creer que es un pedazo desprendido de cualquier planeta mayor... tal vez alguno destruido durante la catástrofe que produjo Júpiter e incorporado al Cinturón después de andar errante por el Universo.

-¿Un satélite?

-¿Por qué no? Supongamos que el satélite en cuestión quedó destrozado por una catástrofe cosmológica mucho antes de que nuestras naves llegasen más allá de Marte. Sus pedazos se dispersaron en el espacio y vagaron por él hasta que fuerzas de atracción los fijaron en un sitio inconmovible. Fymo bien pudiera ser uno de esos pedazos. Durante el tiempo fue enfriándose, formándose geológicamente y pasando por las fases propias de cualquier planeta en gestación. Por tal razón, advertimos en sus capas pétreas los períodos glaciales y las eras geológicas. Ahora, ha llegado al Pleistoceno... y surgen en él las primeras formas de vida inteligente.

-¿Te imaginas a un hombre de Neanderthal fabricando nebulosas oscuras y creando barreras electrónicas capaces de impedir la detección por ondas? ¡Reptiles putrefactos! ¡Responde, Edwards!

-El hombre de Neanderthal fue la manifestación de organismos pensantes en la Tierra, Clifford. Tal vez en Fymo no ocurra lo mismo.

-Y su primera manifestación de vida está constituida por superhombres, cerebralmente mejor dotados que cualquier humano, ¿no?

-Todo hace suponerlo así.

-.¡Bobadas! No puedo creerlo. Además, no pude hallar huellas de vida animada por parte alguna.

-¿No es extraño eso también? -inquirió Morgenston con profunda agudeza.

-¿Por qué? -preguntó Sandro, interesado en conocer la opinión de sus colaboradores para cotejarla con la suya propia.

-.En un astro como Fymo es imposible ocultar la existencia de seres vivos.

-¿Imposible?

-Clifford, que es biólogo, corroborará mi afirmación -declaró tras un momento de duda el doctor.

-Desde luego. Aun en el supuesto de que esta zona fuese insalubre para las especies, debíamos ver señales de paso. Es algo que me ha llamado la atención enseguida. Eso quedaría descartado si todos los animales fuesen voladores... cosa prácticamente difícil en un mundo cuya atmósfera es tan tenue. Partiendo de la idea que hace concebir lo de las eras geológicas, han de existir mamíferos, reptiles, anfibios, gran variedad de bestias con caparazón... y todos ellos, por añadidura, ¡monstruosamente gigantescos!

Sandro escuchaba al astrobiólogo con gran atención, aunque sin captar por completo su razonamiento.

-¿No lo ves claro, Sandro? -agregó Clifford-. ¡Dínamos reversibles! ¿Ya has olvidado que descendimos de la nave flotando en el espacio? Los habitantes de este pequeño mundo tienen que alcanzar proporciones enormes, puesto que sólo grandes y pesadas masas podrán mantenerse firmes en el suelo donde la fuerza de la gravedad es tan reducida. ¡A mundos reducidos... habitantes desorbitados! Haz la prueba. Da un salto... ¡Apuesto a que llegas a lo alto del techo sin dificultad!

-Tienes razón -farfulló Sandro rascándose la barbilla.

-¡Necesariamente debíamos encontrar huellas!

-Si seguimos discutiendo volverán los dolores de cabeza -rezongó Donald-. ¿Queréis hacerme caso? Dejemos que las cosas se resuelvan por sí mismas. Tengamos paciencia.

-¡Paciencia! ¡Compuestos sintéticos! Tú quizá puedas tenerla, porque llevas agua en vez de sangre, pero yo tengo los nervios desquiciados.

-Bueno, Clifford. Basta de darle vueltas al asunto -decidió Sandro antes de que el botánico replicase violentamente a la alusión de su reconocida frialdad-. Así no llegaremos a ningún resultado práctico. Me pondré en

comunicación con la Base para darles cuenta de los adelantos obtenidos y que el Consejo vaya encajando las piezas del rompecabezas... si puede. Necesitamos un poco de descanso -se puso en pie y sonrió a sus amigos-. Gracias por todo, muchachos. Se levanta la sesión.

Cuando los hombres se atascaron los yelmos y desfilaron al exterior, Sandro salió camino de la astronave y llamó a Barrie. La conexión se realizó sin dificultades y el coronel Morrow quedó debidamente informado al respecto. Las emisiones fueron la nota peculiar que jalonó su trabajo de cada jornada. A medida que transcurría el tiempo, averiguaron más y más datos sobre Fymo. Al poco, supieron entre otras cosas, que el día en el asteroide tenía una duración de 46 horas terrestres, que las noches -aun en el ecuador- se caracterizaban por un frío nórdico y que la barrera electrónica impedía, efectivamente, captar las radiaciones nocturnas procedentes de las Bases del D.E.I. Efectuaron pruebas a título de experimento y los resultados siempre fueron iguales. No oían la voz de Morrow... pero el coronel -según manifestaba- les oía con potencia y nitidez. ¡Inexplicable!

Aunque despejaron virtualmente el misterio diurno en virtud de los análisis a que sin cesar sometían las capas gaseosas, el enigma que envolvía las horas de obscuridad seguía impenetrable. No obstante, la colonia se iba estableciendo, los edificios quedaron terminados y el cordón de seguridad que rodeaba el campamento no fue afectado por fuerzas ocultas. Nadie Se manifestó hostilmente contra ellos... *nadie* -animal, humanoide o mecánico- apareció por las cercanías. De día en día, a medida que la expedición iba levantando planos del terreno y fijando cotas de referencia, las expediciones comenzaron a hacerse más largas y audaces. Los hombres regresaban extenuados poco antes de anochecer y se metían en sus sacos climatizados sin apenas probar los alimentos. Los cuadernos de notas iban aumentando progresivamente, así como las extensas listas donde se detallaban minuciosamente las formas de vida vegetal, tipos de tierras, informes gaseosos, análisis espectrales, etcétera.

Fue precisamente una soleada mañana cuando el acontecimiento tanto tiempo esperado hizo su aparición. El sargento Whitman, que tocaba la armónica en lo alto del observatorio instalado en la proa de la astronave -desde donde se sometía a vigilancia urna extensión amplísima-, tuvo el honor de dar la noticia. Aquella noticia se esparció por el campamento como si fuera un reguero de pólvora.

-¡Una forma viva se mueve a dos kilómetros de la cota *Borde Z-5*!

Todas las tareas Se interrumpieron al instante y los potentes anteojos apuntaron al lugar indicado por Whitman. La cota *Borde Z-5* estaba enclavada en los linderos de un tupido bosque carbonífero todavía no explorado en su totalidad, ya que el avance por la intrincada barrera de

troncos hacía la tarea altamente espinosa. Varias patrullas se internaron en él, hasta una profundidad de quince kilómetros. A partir de aquel punto, donde clavaron una pica fosforescente y radioactiva, dotada, además, de células fotoeléctricas que registraban el paso de entes vivos, se desconocía el resto del bosque. Ante la colosal revelación de Whitman se movilizaron inmediatamente los equipos y Sandro se trasladó a toda prisa al observatorio. Sin embargo, llegó demasiado tarde. Aunque recorrió el sector de la cota *Borde Z-5* con uno de los anteojos, no pudo descubrir la *forma viva* denunciada por Whitman.

-¿Está seguro de ello, sargento? -preguntó sorprendido.

Whitman aún se hallaba bajo los efectos de la impresión sufrida y parecía muy excitado. Su voz sonó, empero, firme y convincente, eliminando la posibilidad de una alucinación al replicar:

-¡Sí, señor! Lo vi con mis propios ojos. Se movía, chorros de vaho vaporoso fluían por sus fauces... ¡estaba vivo!

-Explíqueme detalladamente en qué consiste. ¿Era un animal... o una criatura superior?

-Eso no lo sé, capitán. Desde luego, su figura no recordaba en nada a la humana. Pude contemplarlo apenas unos segundos, porque enseguida corrí a dar la voz de alarma. Opino, sin embargo, que se trata de un animal. ¡Un animal increíblemente voluminoso!

-Dígame todo lo que recuerde sobre él

Whitman se retorció las manos, intranquilo, mientras hablaba.

-La parte superior de su cuerpo es lo que más pude apreciar... Tenía dos cabezas, aplanadas, dotadas de una boca achatada como la del ornitorrinco, en forma de pico de pato, y sus ojos... ¡sus ojos eran globulares, saltones, rojizos y ardientes! La piel brillaba intensamente al recibir los rayos del Sol, centelleando sus escamas como la coraza de un carro de combate formada por placas ensambladas... ¡El aspecto resultaba impresionante, capitán!

-Suprima las expresiones ponderativas. ¿Qué más pudo observar?

-Sus movimientos... No me parecían muy rápidos, sino más bien pesados, torpes, tal vez a causa de su enorme desarrollo...,

-¿Puede usted compararlo con alguna especie conocida?

-No me atrevo a hacerlo... Además, repito que lo vi apenas unos segundos... y sólo en parte, porque los troncos de los árboles y las rocas dificultaban bastante. Su silueta quizá tiene algo de familiar con la de un lagarto de talla extraordinaria, aunque ésta es una apreciación personal, puesto que el cuello resulta larguísimo...

-Un lagarto de piel acorazada -musitó Sandro-. Dígame, Whitman: ¿pudo usted ver sus patas?

-No.

-Ignora, pues, si está dotado de dedos palmípedos, cascos o garras, ¿es así?

-Sí, señor. Una vez di la noticia, me precipité de nuevo sobre el anteojo... pero ya había desaparecido. Exploré los alrededores de la cota y busqué por el bosque... Todo fue inútil. No se veía por parte alguna. Había huido.

-Acaso se internó en la espesura. Una última pregunta, sargento.

-Diga, señor.

-¿No encontró cierta semejanza con algún animal prehistórico?

-Pues... Ahora que usted lo dice, creo que esa fue mi primera impresión. Sí, capitán. La observación es correcta. La forma viva, tanto por su tamaño como por los toscos movimientos, se asemejaba bastante a las bestias antediluvianas.

-Lo suponía. Gracias por la información, sargento. ¡Vale mucho! ¡Ahora, al menos, ya tenemos indicios de que existe vida animal en Fymo!

-¿Va a salir en su busca? -se interesó Whitman al ver que Sandro se disponía a abandonar el observatorio.

-Sí y trataré de capturarlo vivo... si es posible. Esa fiera, en manos del profesor Clifford, nos ayudaría a descorrer algunos de los velos que cubren el asteroide.

-¿Me da su permiso... para que le acompañe, señor?

-No le faltarán ocasiones más adelante. Permanezca en su puesto... ¡y no deje de vigilar las cercanías del bosque! Me mantendré en contacto con usted por radio y si vuelve a localizarlo, avíseme inmediatamente.

-¡A la orden, capitán!

Sandro regresó velozmente al campamento y llamó a Charlie Falk. Cuando el joven teniente compareció ante él lo halló ajustándose el equipo grande de respiración. Su cinto, del que pendía una mortífera pistola protónica, estaba reciamente apretado a la cintura y sobre la mesa, dispuesto para ser empleado, se veía el correaje y las espalderas acoplables que sujetaban los dos pequeños cohetes que le permitiría remontarse en el espacio y evolucionar por él como un fantástico proyectil humano.

-¿Conoce la noticia, Charlie?

-.No se habla de otra cosa en el campamento, señor.

-Tanto mejor. Eso ahorra explicaciones. Organice un pelotón de seis hombres bien armados, todos ellos provistos de cohetes personales con carga para diez horas. Avise al profesor Clifford y al doctor Morgenston. Usted, Charlie, también vendrá con nosotros.

-Gracias, señor. ¿Salimos tras el monstruo?

-¡A toda marcha!

-Estaremos dispuestos dentro de cinco minutos -replicó Falk con entusiasmo.

Antes de que saliese del despacho un pensamiento inesperado tomó cuerpo en la mente de Sandro. Intentó rechazarlo, pero no lo consiguió.

-¡Teniente!

-Diga, señor.

-Que Clifford y el doctor vayan también equipados con cohetes. No podemos dejarles atrás y presumo que esta cacería tendrá que realizarse a ritmo acelerado -aquel pensamiento volvió a torturarle y casi en contra de sus deseos, añadió-: ¡Ah! Dígale al especialista Ley que se una al grupo.

-¿La señorita?

-El *soldado* Ley -rectificó Sandro-. Puede que encontremos otros seres interesantes. Se me ha ocurrido que ese gigantón escamoso podría ser... un animal doméstico.

Sandro no creía tal cosa, por supuesto; pero la curiosa mirada que Charlie le dirigió al nombrar a Rita Ley le forzó a inventar una excusa plausible para disculpar su repentino interés por la muchacha. Mientras el teniente iba a cumplir lo ordenado, se ciñó los correajes y examinó las válvulas de dirección de los cohetes. Desde la última vez que obligó a Rita a salir de la cabina de la astronave no había vuelto a conversar con ella. Sabía, por Morgenston, que la muchacha acusó dolorosamente la autoritaria actitud adoptada entonces.

Se vieron muy poco en los últimos días, porque Sandro estuvo demasiado atareado en solventar los mil conflictos que suponía la instalación. En realidad, no esperaba encontrar a nadie en el bosque. Hasta la captura del grandísimo lagarto le parecía en extremo quimérica. Mas era su deber intentarlo y pondría en ello toda su férrea voluntad.

-¡Manjelines indios! -barbotó alguien a su espalda-. ¡Voy a enloquecer de gusto, Sandro! Un animalejo vivo... ¡al fin!

-.Hola, Clifford. Veo que la alegría te ha impedido completar el equipo.

-Tú, por el contrario, ya estás dispuesto. Échame una mano, ¿quieres? Jamás aprenderé a ponerme solo estos endiablados cohetes.

Sandro le ayudó de buen grado y apretó fuertemente los sujetadores metálicos. Acababa de dejarle listo para la partida, cuando el teniente Falk hizo nuevamente acto de presencia. Llevaba el equipo reglamentario y seguía dominándole la jovialidad. Debía producirles extremado gozo pensar que iban a batirse contra algo corpóreo... tan distinto de las intangibles amenazas que hasta entonces parecían ser patrimonio exclusivo de aquel mundo ignorado y terrible.

-Todos formados, señor -notificó-. El pelotón espera órdenes.

-¿Ha comprobado la frecuencia piara entablar contacto con el observatorio?

-.Sí, señor. Acabo de comunicar con Whitman. Sigue vigilando la cota *Borde Z-5* y sus alrededores. Nos avisará al menor indicio que delate la

presencia del monstruo.

-Conforme. Andando, Charlie. ¿Preparado para la caza, Clifford?

-¡Por cien mil cefeidas apagadas! ¡Preparado... para lo que sea!

Los seis hombres armados mantenían la formación ante el pórtico de la casa de sólido *Molek* y le saludaron marcialmente al hacer su aparición. Sandro respondió al saludo y aseguró las llaves de su yelmo, dando paso a los vivificantes soplos de oxígeno. Morgenston, sonriendo, le palmeó la espalda. Rita Ley, muy seria, no se atrevió a levantar los ojos del suelo.

-¿Lleva su bolsa con los equipos de grabación, soldado Ley? -le preguntó Sandro.

-Sí, capitán.

-Quizá tropecemos con alguno de los pobladores inteligentes de Fymo.

-Haré cuanto pueda para cumplir con mi obligación.

-Me consta que lo hará. -Sandro levantó la mano derecha-. ¡Atentos a mi voz! ¡Formación en V! El profesor Clifford y yo marcaremos el vértice -aspiró una honda bocanada de oxígeno y luego, abriendo la válvula de despegue, gritó-: ¡Arriba!

Los seis soldados, Falk, Rita y el par de científicos abrieron el escape al mismo tiempo que Sandro daba la tajante orden. Once bólidos humanos ascendieron, zumbando, hacia lo alto, igual que azuladas flechas y un remolino de turbios gases quedó danzando en el lugar que poco antes ocuparon sobre la tierra firme. ¡Zump! Sandro y Clifford se colocaron en cabeza y mantuvieron la ascensión hasta los 40 metros. Al llegar a aquella altura, interrumpieron la subida, estabilizaron el vuelo hasta lograr la horizontal y avanzaron por el espacio a razón de 25 kilómetros por hora.

Era ciertamente hermosa la perspectiva que se extendía ante sus ojos, con el imponente fondo del bosque que limitaba su horizonte inmediato. Sandro aceleró hasta la última muesca de la llave y la tropa del D.E.I. -*la bandada de patos*, como se les llamaba familiarmente cada vez que emprendían un vuelo impulsados por los cohetes personales- hendió el aire a más de 50 kilómetros por hora. Clifford se mantenía pegado al capitán sin dejar de murmurar juramentos a media voz. La tierra desfilaba rápidamente por debajo de ellos y el campamento fue quedándose atrás, hasta desaparecer. Cuando Sandro se volvió para inspeccionar la alada formación, sólo era visible la tiesa astronave, convertida ahora en una minúscula y refulgente aguja.

Aquello le permitió también, echar una breve ojeada a Rita Ley. Sus ojos se encontraron, ansiosos, y ella desvió la mirada. Luego, acaso arrepentida, volvió a clavarlos en Sandro... pero lo hizo con ausencia total de rencor y hasta hubiese jurado que sus rojos labios se curvaban ligeramente. Se proponía dirigirle unas palabras animosas para darle a entender que deseaba seguir siendo su jefe y amigo, cuando zumbaron los

contactos de la emisora de frecuencia ultraalta instalada en el yelmo. Charlie recibió igualmente la llamada y anunció:

-¡Es el transmisor de Whitman! ¡Quiere decirnos algo, capitán!

-Yo contestaré -replicó Sandro-. ¡Hola sargento! ¡Aquí el capitán Warren! Paso a la escucha.

-¡A sus órdenes, señor! -gritó Whitman tan agudamente que el micro-amplificador vibró con intensidad-. ¡Lo he visto otra vez! ¡El lagarto se ha trasladado en dirección a la cota *Extrem U-12*!

-¡Magnífico! ¡Ésa nos pilla aún más cerca! ¿Me escucha bien, sargento?

-Sí, señor.

-¿Ha descubierto alguna otra particularidad?

-Se mueve más rápidamente. Parece aterrado por algo. ¡Quizá intuye su presencia! Un rosario de colosales protuberancias óseas le recorre todo el espinazo... y su cola azota con violencia. ¡Guárdense de ella, señor! ¡He presenciado cómo destrozaba un grueso tronco del primer golpe!

-Pierda cuidado. Le inmovilizaremos con los fusiles de rayos anestésicos. Vuelva a llamar si cambia de posición. Corto. ¡Hasta luego, sargento!

-Buenas noticias, ¿eh? -runruneó Clifford, que había escuchado atentamente la conversación.

-Inmejorables -respondió Sandro-. ¡Atentos! ¡Enfilamos rumbo a la cota *Extrem U-12*!

Ladeando el cuerpo, igual que un experto nadador al bucear en las profundidades submarinas, Sandro Warren dirigió el viraje y los componentes del pelotón le siguieron ágilmente. La inmensa flora del bosque carbonífero se extendía a una distancia de ocho o diez kilómetros. Eran ya visibles las altísimas copas, cuyos gruesos ramajes se enganchaban entre sí con solidez, y la inverosímil variedad de árboles, arbustos y matorrales cuya altura media excedía de los tres metros. Allí, en aquella inmensa jungla tropical y extraterrestre, los audaces humanos eran tan insignificantes como los pájaros en una vasta pinada de su planeta natal. Los peligros, aparte del representado por la bestia colosal, les acecharían despiadadamente por doquier. Todos los enigmas que Fymo guardaba celosamente en su seno desfilaron por la mente del joven capitán como en una vertiginosa proyección cerebral. Hombres desaparecidos, barreras electrónicas, nebulosas sintéticas, parásitos mortales, seres superinteligentes...

No importaba. El valor, cualidad decisiva en los componentes del Departamento de Exploraciones Interplanetarias, se agitaba con fuerza en su pecho impulsándole temerariamente hacia el riesgo. ¡Tenían que vencer! Fymo y sus misterios serían dominados. Empujó la palanca de ascensión y se elevaron por encima de las copas, que corrieron raudas debajo de ellos

igual que una espesa y verde alfombra. Allá, a cinco kilómetros de distancia, refulgía el espejo reflector de la cota *Extrem U-12*, ocupando un altozano engalanado por césped esponjoso. Y, a su lado, erguido y retador, resaltaba también...

-¡Es el monstruo! -jadeó Morgenston.

-Parece que nos está aguardando, señor -añadió Charlie Falk-. ¡Y mantiene una actitud defensiva!

-Calculo que pesará unas veinticinco o treinta toneladas -explicó Clifford con voz ausente-. ¡Costras hidropónicas! ¡Es una mole de carne, picos óseos y placas realmente impresionante!

Sandro Warren levantó la mano derecha y fue reduciendo la velocidad, siempre imitado por sus hombres. Sí. Allí estaba el enemigo, frente a ellos. El primer engendro viviente del extraño mundo que Foran Ymo descubrió por casualidad. Sólo al contemplarle superficialmente se apreciaba la gran energía almacenada en aquel cuerpo de anormal desarrollo... y lo difícil que iba a resultarles el atraparlo con vida. Todos los camaradas esperaban sus órdenes, y sentía, como materializado en torno a él, la expectación y el anhelo que anidaba en sus corazones.

-¡Preparados para atacar! -ordenó-. ¡Ascensión a cien metros! ¡Nos lanzaremos sobre él en picado, formando escalera de combate, y descargaremos los fusiles de rayos en sus cabezas! ¡Arriba!

Los once terrestres zumbaron por el espacio como furiosos abejorros. El Sol arrancó centelleos metálicos de los fusiles que acababan de empuñar. Un rugido pavoroso, casi tan aterrador como un trueno, brotó de las abiertas fauces de la fiera y sendos chorros humosos fluyeron de sus orificios nasales.

¡El gigantesco habitante de Fymo aceptaba el reto! ¿Quién vencería a quién? ¡Ésta era la pregunta que Sandro Warren Se formuló una vez más mientras daba principio al picado de ataque! Estaba seguro de que la posibilidad de capturarle vivo podía desecharse por absurda. Aquélla sería una batalla en toda regla. Una batalla, por añadidura, a vida o muerte, entre dos fuerzas de colosos acaso invencibles hasta entonces... y de cuyo choque sólo podía salir un resultado lógico: Victoria total o derrota completa.

-¡Al ataque! -gritó enérgicamente.

-¡Dios nos asista! -escuchó que murmuraba Rita Ley con temeroso fervor.

Había sonado el momento de demostrar hasta donde eran capaces de llegar los heroicos y anónimos soldados del D.E.I. ¡Adelante! ¡Todos a una por la victoria!

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1 en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La Abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—**El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.***
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*

¡Usted se siente ahora invadido por el asombro! ¡Anhela descifrar los misterios de Fymo! ¡Está intrigado!

¿Acepta un consejo? Podemos anticiparle que la continuación de estas insuperables aventuras es aún mejor de lo que lleva leído. Nunca habrá tenido en sus manos un libro tan apasionante y extraordinario como

TIERRA DE ENIGMAS

Problemas de fantasía científica que apasionan a todos los públicos del mundo, luchas inconcebibles y los ocultos secretos de un astro que parece maldito por sus latentes amenazas de muerte, son descritas de forma magistral por

JOE BENNET

Recuerde el título y dispóngase a sufrir el choque de la emoción más intensa, viviendo en un ambiente futurista que escapa a la realidad de nuestros días.

TIERRA DE ENIGMAS

Es otro clarinazo triunfal de la

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas

Notas

[←1]

Maria es el plural de la palabra latina *mare*, cuyo significado es mar. Las llanuras lunares fueron bautizadas con este nombre por los primeros astrónomos terrestres, pese a que la teoría de que eran antiguos lechos marinos quedó bien pronto descartada.

[←2]

El compuesto atmosférico no es otra cosa que aire común. O sea, el típico fluido incoloro, inodoro e insípido, formado por una mezcla de veintiuna partes de oxígeno, setenta y ocho de nitrógeno, una de argo, otros gases, ácido carbónico, vapor de agua y corpúsculos orgánicos.

[←3]

Como es sabido, estos anillos que circundan Saturno no son otra cosa que millares de pequeñísimos satélites, algunos tan menudos como piedras de arroyo... y aún más. Aparte, cuenta con nueve lunas, entre ellas la mayor del Sistema Solar: Titán. También es la única de las nueve que ofrece señales de atmósfera, aunque formada por protocarburos de hidrógeno o metano. En algunos libros se consignan 10 lunas, ya que el profesor Pickering descubrió la décima en 1905. Posteriormente fue anunciada su pérdida.

[←4]

Una de las doce lunas de Júpiter.

[←5]

Cuando se habla de unidades de tiempo, siempre se refiere al horario terrestre. No debe olvidarse que los personajes son oriundos de la Tierra. Para mantener tales medidas, se antepone a la palabra el indicado prefijo te.

[←6]

Velocidad de escape es el impulso inicial que permite a una espacionave superar la fuerza de atracción de un planeta. En la Tierra, esta velocidad de escape es de 11 kilómetros y medio... ¡por segundo!

[←7]

La transformación sufrida por estrellas distantes (variaciones de magnitud, formaciones de nebulosas en torno a ellas, catástrofes internas, etc.) se conoce en Astronomía con el nombre de nova, ya que estos fenómenos se atribuían antiguamente al nacimiento de una nueva estrella; concepto erróneo, porque casi siempre significa su destrucción total mediante explosión de su propia energía atómica.

[←8]

Morrow transmite desde la Luna, cuyo período nocturno se divide en partes equivalentes al terrestre para simplificar las relaciones interplanetarias. De ahí que emplee la anteposición *te*.

[←9]

Ganímedes, Calisto, Ío y Europa.

[<-10]

Ceres, Palas, Vesta, y Juno, de 710, 450, 370, y 190 kilómetros de diámetro respectivamente.